

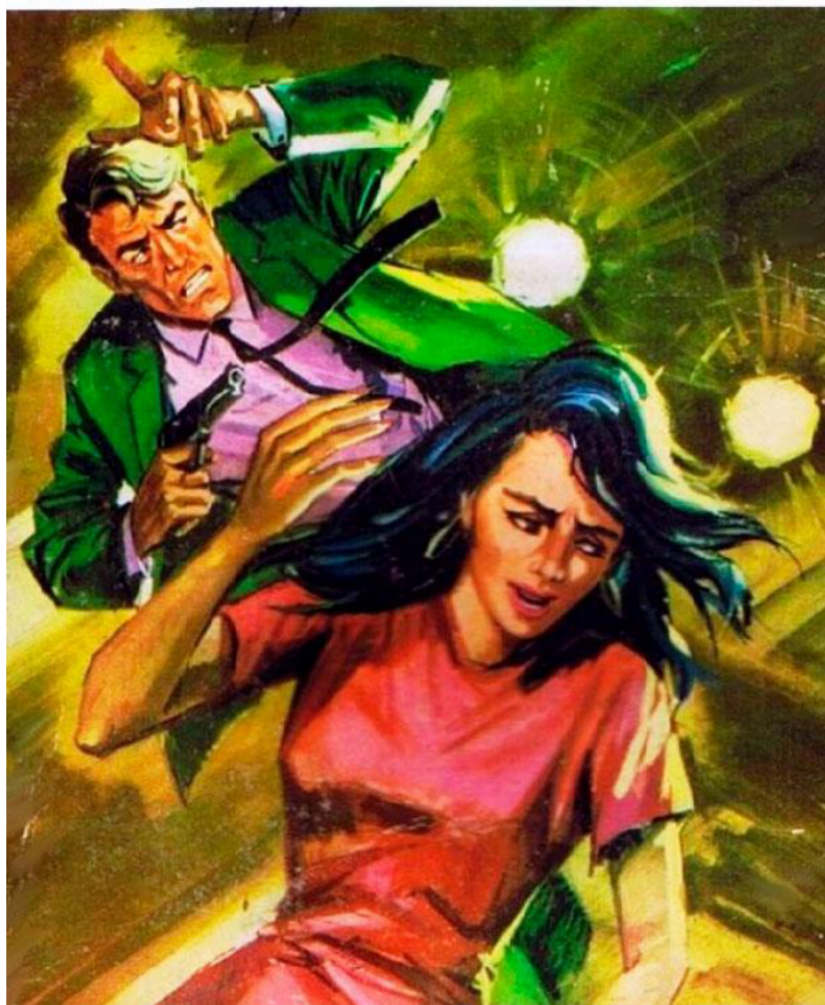
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

muerte de un escritor

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



JOE MOGAR

MUERTE DE UN ESCRITOR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 446

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 34.571 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1970

© JOE MOGAR, 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.013. — Llamada a un pistolero.

En Colección BÚFALO:

395. — Alias, Pistol Kendal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.054. — Asesinato en Wall Street.

En Colección CALIFORNIA:

710. — Con tus propias manos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

734. — Boda sangrienta.

En Colección COLORADO:

625. — Un *gun-man* en la noche.

En Colección KANSAS:

631. — La pelirroja del Mund Lake.

En Colección BRAVO OESTE:

499. — Jinetes de las estrellas.

En Colección PUNTO ROJO:

440. — Alf Baxter, agente federal.

En Colección ASES DEL OESTE:

555. — Un disparo en la bruma.

CAPÍTULO PRIMERO

Un bar.

Uno cualquiera en el centro de la 19th Street.

Detuve el coche, descendí, miré para ver si lo había estacionado frente a cualquier clase de cosa rara, aparcamiento prohibido de todo punto y ya más tranquilo, sin preocupaciones por la grúa municipal, crucé la acera y entré.

No me fijé en nadie, palabra, por lo que caminé directamente hasta el mostrador; tomé uno de los taburetes y me senté enfrentando al barman qué se me acercaba.

—*Whisky*, por favor.

Me dedicó una sonrisa, dio media vuelta y fue por él. Esperé.

Segundos; tomé el vaso, empecé a beber y al hacerlo, ella dijo a mi lado:

—Míster Larry Porter, ¿verdad? Solté el vaso y la miré.

La chiquilla mareaba.

Pelo castaño, que se escapaba por debajo de la boina blanca que llevaba, cayéndole en maravillosa cascada sobre los redondos hombros, frente amplia, ojos grandes y negros, boca roja y cuello de cisne.

Estrecha la cintura y la minifalda. Los zapatos, de alto tacón.

Me estaba mirando a los ojos al parecer indiferente a mi descarado escrutinio y al terminar, contesté:

—Sí. Soy ese que dice.

—Me gustaría hablar con usted.

—¿No es eso lo que estamos haciendo?

Sus ojos chispearon.

—No es eso lo que quise decir y usted lo sabe.

—¡Ah!, ¿no?

Me sorprendió con su siguiente pregunta:

—¿Es siempre así de desagradable, sabueso?

Hice una mueca, tomé el vaso, bebí un poco más y respondí:

—Perdone. ¿Dónde podemos hacerlo según usted?

—Termine eso y venga conmigo.

—¿Adónde?

—Tengo el coche fuera y podemos... podemos dar un paseo. Fue entonces cuando pregunté:

—¿Qué edad tiene, *miss*...?

—Stella Perkins, pesquisa... y aunque su pregunta es indiscreta puedo decirle que dieciocho años. Si tuviera más... bueno, me quitaría unos pocos.

No tuve más remedio que sonreír.

—¿Quiere tomar algo, *miss* Perkins?

—Llámeme Stella, pesquisa. Suena mucho más íntimo. Y no deseo tomar nada. No por el momento. ¿Nos vamos?

Terminé con el resto del *whisky* de un trago, aboné lo consumido y salimos a la calle donde volví a mirar alrededor de mi automóvil y tranquilo del todo avancé en pos de *miss* Perkins, intrigado bien a mi pesar.

Un «M.G.» deportivo. Dos asientos.

Se colocó frente al volante, ocupé el otro a su lado, arrancó, y entonces preguntó:

—¿Prefiere que demos un paseo o le llevo a alguna parte?

—Lo dejo a su elección, Stella —respondí. No habló en todo el trayecto.

No lo hizo hasta que nos encontramos sentados en el interior de una cafetería, en una apartada mesa, allá por la estación de la 30th Street.

—¿Ha oído hablar de mister Kimball Perkins?

Fruncí el ceño mirándola por encima del borde de la taza de café.

—No estoy muy seguro —respondí—. ¿Quién es? ¿Algún pariente?

—Mi hermano mayor. Treinta años —dijo.

Bebí un poco sin dejar de mirarme en sus ojos.

—¿Y...?

Hizo una pausa, me miró fijamente y preguntó:

—¿Tiene un cigarrillo?

Se lo di, los encendimos y esperé. Fue muy poco.

—Ha muerto asesinado. Si lee los periódicos lo verá en la primera plana de todos.

Forcé la imaginación hasta que me di por vencido.

—¿Dio cuenta a la policía?

—No hizo falta, ya que una de las sirvientas de la casa les avisó.

—¿Y...? —repetí.

—Cualquiera pudo matarle, pesquisa. Incluso yo que soy su hermana.

Estuve a punto de dar un respingo.

—¿Por qué?

Me respondió con otra pregunta:

—¿Ha leído su último libro? Es decir; ¿su última novela?

—Es escritor, ¿no?

—Sí. En género policíaco.

Hice una mueca que no pasó desapercibida para *miss* Perkins.

—Nunca leo esa clase de literatura.

—Pues aunque no lo crea, pesquisa, es interesante.

—La de su hermano, ¿verdad? Supongo que al decir interesante se refiere a eso.

—Sí, así es.

—Y según usted, el motivo de su muerte está estrechamente relacionado con su última novela, ¿verdad?

—Así es.

Como por lo visto había que sacarle la información con sacacorchos pregunté:

—¿Por qué?

—Dice cosas horribles de todos sus conocidos. Mejor dicho, de su círculo, de sus íntimos, si me entiende.

—¿Incluso de usted, Stella?

—Sí. Cierto que no nos nombra por nuestros verdaderos nombres pero cualquiera de nosotros puede darse por aludido, nada más leerla.

—¿Qué dice de usted en particular...?

El brillo de sus ojos me interrumpió.

—En el coche tengo esa novela, pesquisa —dijo—. Le sugiero que la lea antes de dar un paso en un sentido u en otro. Merece la pena, créalo.

Pensé.

Cualquier escritor, por mediocre que sea, tiene algo, y ese algo puede constituir un peligro para una persona determinada y también en un caso dado.

Cualquiera cargado con una buena dosis de mala fe, también. No era el primero ni sería el último.

Otros lo habían hecho, pero que yo recordara, ninguno murió de muerte violenta. Respondí:

—De acuerdo, Stella. Y ahora, ¿qué desea que haga yo?

Abrió mucho los ojos.

—Creí que ya lo sabía —susurró—, pero en vista de que no, se lo diré. Quiero al sucio que mató a mi hermano, ¿comprende? Lo que en sus páginas dijera de mí poco o nada importa. Me molesta, pero no tanto como para no desear enviar a la silla al tipo que hizo eso con él.

—¿Alguna mujer?

—Lea el libro, pesquisa. Éste se encargará de dar respuesta a todas sus preguntas. Incluso quizá le explique quién y cómo le asesinaron. Es decir; el cómo se lo puedo decir yo. Le dispararon a través de la acristalada puerta que da a nuestro jardín.

—¿Dónde vive usted?

—En una quinta junto a la orilla del mar.

Hice una mueca.

—¿Quién lo hizo?

—Según le dije, yo misma pude hacerlo. Tuve el motivo.

—¿Y la ocasión...?

—Eso nunca se sabe, sabueso —vaciló unos segundos y preguntó—: ¿Acepta el caso?

Era interesante, un verdadero problema y... yo vivía de aquello.

—Sí. En cuanto...

Estaba abriendo el bolso y me interrumpí.

Unos segundos más tarde tenía entre mis manos un billete de mil dólares, frente a mis ojos una bonita sonrisa, unas buenas piernas de largos y bien torneados muslos y la figura de una interesante mujer.

Más que mujer, una interesante chiquilla.

—Tendrá otros tantos cuando termine el trabajo, míster Porter. ¡Ah! Si respecto a mi desea un nuevo motivo, también está el hecho de que quizá sea su heredera universal.

Me dejó frío.

Hablaba de su hermano sin odio pero también sin cariño. De su muerte, con la misma tranquilidad que si se tratara de una persona completamente extraña para ella, y aquello no me gustó.

Pero no se lo dije.

Esperé sin responder a que terminara con su taza de café y entonces se puso en pie.

Era el final de una historia interesante contada en pocas palabras; o en ninguna, ya que resumiendo todo lo que me había dicho, el resultado era nada.

La imité, y ambos nos enfrentamos teniendo la mesa entre los dos. Fui el primero en romper el silencio.

—¿Dónde podré verla, Stella?

—En la quinta de que le hablé, siempre que me necesite, pesquisa —hizo una ligera pausa y añadió—: Llámeme tan pronto sepa algo.

Rodeó la mesa y avanzó decidida hacia la puerta de la calle, cruzó el umbral llevándose detrás, y subimos al «M. G.».

Lo puso en marcha.

—¿Le llevo a alguna parte, pesquisa?

—Puede dejarme, si no le molesta, frente al bar donde me recogió —dije—. Dejé mi coche estacionado en la puerta.

Me condujo hasta allí, sin pronunciar palabra, me dio la novela tan pronto abrí la portezuela para descender y ya sobre la acera, la oí decir:

—Léala y luego venga a verme si lo desea.

No respondí, con un ademán de despedida entré en el mío, me situé frente al volante y conduje hacia Broad Street, en cuyo número 890, piso noveno, tenía instaladas mis oficinas.

Pasé el resto de la tarde, hasta las diez de la noche, leyendo la novela que Stella Perkins me facilitara y confieso que no me gustó ni poco ni mucho.

Si alguien asesinó a Perkins por causa de aquel libro, el susodicho Perkins, por mí, bien muerto estaba.

Pero tenía una hermana que se interesaba por él.

¡Basura!

Me puse en pie, cerré la novela, rodeé la mesa y salí a la calle después de ponerme la americana y encasquetarme el sombrero.

Conduje hasta Sanson. Número 103.

Un subsuelo y el

Mario's;

uno de los muchos clubs nocturnos de Filadelfia.

Me detuve frente a la encristalada y opaca puerta, vacilé unos segundos y la empujé.

La escalera de peldaños de mármol blanco, desgastados por el uso, al fondo, las luces rojas y verdes que lo sumían en una semipenumbra que hablaba de cosas inconfesables.

Y la pequeña orquesta interpretando cualquiera sabía qué arreglo musical que en mis oídos sonaba a mil diablos coronados.

Empecé a descender, alcancé el subsuelo y miré.

Parejas apretadas, minifaldas, piernas más o menos hermosas, besos en la semioscuridad reinante, mesas y sillas y al fondo la barra con las clásicas luces rojas.

Palpé la culata de la «Magnum» que reposaba bajo mi axila izquierda y empecé a cruzar hacia el mostrador.

Un taburete.

Vacío.

Me senté en él y desde allí paseé la mirada a mi alrededor hasta que detuve los ojos en los cortinajes del fondo.

Los reservados o los camerinos de las coristas.

—¿Qué va a tomar?

Me volví hacia las estanterías repletas de botellas de todas las marcas y conteniendo toda clase de licores.

Desde el otro lado del mostrador, sin mostrar extrañeza alguna por mi presencia allí donde no era conocido y por tanto cliente, el barman me sonreía.

—Un *whisky* —dije—. Por favor.

Y le devolví la sonrisa en tanto que daba media vuelta para tomar la consabida botella de «Caballo Blanco».

Me lo sirvió, y entonces pregunté:

—¿Mary Jo Stevens? Trabaja aquí, ¿verdad?

El barman achicó los ojos mientras que la sonrisa se borraba de sus labios. Esperaba aquello, por lo que no me inmuté.

—¿Amiga suya?

Forcé una sonrisa que me salió perfecta.

—No —dije sin faltar a la verdad—. Ni siquiera me conoce.

—¿Y...?

—Bueno, deseo hablar con ella, si puede ser. Algo importante y confidencial.

Al terminar, al lado de mi alto vaso, deposité un billete de cien dólares.

—Cobre y guárdese el cambio —añadí.

Lo hizo así, sin dejar de mirarme atentamente.

A mi espalda, las parejas continuaban abrazadas en el centro de la pista. Las luces rojas y verdes cambiaban de color en tanto que la pequeña orquesta empezaba a tocar una pieza *ye-ye*.

—Tras aquellos cortinajes, la cuarta puerta a mano derecha —dijo—. Pero no me busque complicaciones, ¿entiende?

—No lo haré, amigo —dije. Tomé el vaso y empecé a beber.

Al terminar con el licor abandoné el taburete, trabajosamente crucé por entre las parejas y llegué a los cortinajes.

Sentía deseos de volver la cabeza hacia atrás, para observar la actitud del barman, pero no lo hice.

Aparté las cortinas, frente a mí el largo y bien iluminado pasillo, coristas yendo de un lado para otro y llevando encima todo lo que una corista lleva cuando se dispone a actuar, por lo que desvié los ojos hacia las puertas, no tan interesantes pero sí menos peligrosas, y empecé a contarlas.

Dos... tres... La cuarta.

Me detuve.

Había varias chicas en el pasillo pero ninguna de ellas pareció fijarse en mí por lo que levanté la mano y llamé con los nudillos.

Fuera, a mi espalda, desde el interior del club, un tanto apagada, me llegaban los acordes finales de la pieza que estaban interpretando.

—Adelante, está abierto.

Empujé la puerta y entré.

Medias negras, largas piernas de perfectos muslos... y se estaba calzando uno de los zapatos.

Me miró arqueando una de sus cejas y se irguió.

Pelo largo, cayéndole en cascada sobre los desnudos y morenos hombros, negro con tonalidades azules, lo mismo que los ojos, grandes y rasgados, casi oblicuos. Ojos que me asaetaban.

La boca de labios un tanto rojos, los dientes blanquísimos y

redondo y saliente el mentón.

Una cintura tan estrecha que creí poder abarcar con una de mis grandes y fuertes manos.

—¿Sí...?

Estaba en pie cuando formuló la pregunta.

—Me llamo Larry Porter —dije—, y creo que usted es *miss* Mary Jo Stivens.

Hizo una mueca.

—Déjese de tratamientos y vaya al grano. Me quedan cinco minutos para salir a actuar —dijo—. ¿Quién es usted y qué quiere?

Respondí a la segunda de sus preguntas.

—Hablarle de Kimball Perkins, muchacha.

No se alteró.

Sus ojos tampoco cambiaron de expresión ni su voz de tono cuando contestó:

—Es un tipo al que mataron, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Policía?

Dejé que lo creyera aunque sólo fuera durante unos minutos.

—Sí, así es —dije.

—¿Y bien...?

—Usted le conocía, ¿no?

—Sí.

—¿Mucho?

Bajó la cabeza, se inclinó, tomó el zapato y empezó a trabajar con él.

—Bastante. ¿Por qué? ¡Ah! Debo decir que la policía ya me molestó con esa muerte, y al mismo tiempo voy a preguntarle cuándo me van a dejar en paz.

—Cuando tengamos al asesino, querida.

—Y esperan que yo les ayude, ¿verdad?

—Así es.

Me sonrió, y tenía una sonrisa tan sensual como lo eran sus labios y su boca.

—No espere que lo haga —señaló la puerta y añadió—: Puede salir cuando guste o detenerme, ¿comprende? Si tiene algo contra mí, lléveme al precinto y póngame a disposición del fiscal del distrito. Si no es así...

La interrumpí.

—Aún no, muchacha, ¿entiende eso? Aún no —y solté la siguiente pregunta sin transición alguna—: ¿Qué relaciones la unían a Kimball?

—Las corrientes. Era un amigo de los muchos que frecuentan el Mario's, y esa declaración ya la hice una...

Volví a interrumpirla.

—Leí su última novela, Mary Jo.

Arqueó una ceja.

—Kimball era un sucio —y había rencor en su voz—, y nada de lo que dice respecto a mí ocurrió en realidad.

—¿No?

Me miró fijo, muy fijo, y contestó sin desviar los ojos de los míos:

—No. Sólo hay de cierto una cosa: Que soy... que soy...

Unos golpes, la interrupción, y su pregunta:

—¿Quién es...?

—Date prisa, Mary Jo, o vas a hacer tarde.

—Voy ahora mismo, Alf.

Se volvió a mirarme.

—Le ruego que salga, por favor.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—¿Para hablar de Kimball?

—Le mataron, ¿no?

Iba hacia la puerta cuando respondió:

—Venga a recogerme sobre las tres de la madrugada, polizonte. Por la puerta de atrás.

La abrió, cruzó el umbral y quedé solo en el camerino.

Fue por poco tiempo ya que nada me quedaba que hacer allí por lo que lo abandoné y fui a la barra.

Era... una buena artista, una buena bailarina.

Viéndola actuar en la pista, conjuntamente con las otras, cualquiera podía adivinar que no tardaría mucho en llegar a ser estrella.

Bastaba un simple empujón y...

Abandoné la barra cuando terminó con su primera actuación de la noche y salí a la calle.

Me interesaba Mary Jo y no por el asesinato de Kimball ni por lo que éste había dicho de ella en su novela.

CAPÍTULO II

Conduje.

Una vez más, con el volante entre las manos, llevé el «La Salle» hasta Independence Hall.

Una cita para las tres de la madrugada. Lo detuve frente al 867 de dicha calle. El Pelicano.

La puerta, las fotografías más o menos interesantes de las muchachas que actuaban en el club, y quizá Stella Perkins con alguna de sus amistades.

Buscaba a Lionel Barris, otro de los íntimos del gran novelista que en vida fuera Kimball Perkins.

Basura...

Era basura, había sido basura mientras vivió, pero no por eso dejaba de ser uno de los mejores novelistas del género.

No es que yo, particularmente, entendiera mucho de eso pues como le dije a Stella no era aficionado ni mucho menos, pero no dejaba de comprenderlo.

Un crimen en las páginas de un libro cuyos personajes, aunque con nombre ficticio, habían sido tomados de la realidad.

De entre los íntimos de Kimball Perkins.

Descendí del coche, crucé la acera, el umbral de la puerta y de pronto me vi en el interior del club.

La encerada pista, las luces alumbrando tenuemente, la música, y el trío de mujeres que en aquel momento deleitaban a los clientes con una danza «vudú».

Recordé a Mary Jo Stivens.

El mostrador, el taburete, y el consabido *whisky* con la pregunta de rigor:

—Míster Barris —empecé—, ¿ha venido hoy?

El barman me miró como a un bicho raro.

—¿Es que no le conoce? —preguntó a su vez.

Le sonreí.

Un pesquisa, un fisgón, un... polizonte, un privado como yo, siempre tiene que estar sonriendo aunque no lo desee.

Por tanto, repito, le sonreí.

—No —negué—. No le he visto en mi vida pero tengo que comunicarle algo de sumo interés. ¿Ha venido?

Hubo una pausa, muy ligera mientras que a mi espalda el trío de muchachas daba fin a su actuación pagana entre una nube de aplausos.

—No lo sé, ¿comprende?

—¿Comprender...? ¿Qué es lo que debo comprender? —pregunté.

—Aquí nos pagan para servir a los clientes pero no para dar información de esos mismos clientes.

Punto final.

Me abstuve de mostrarle otro billete y tomé el vaso.

Empecé a beber mientras se apartaba de mí para atender a una rubia de bellas piernas y mejor fachada.

Lo hice, y al levantar los ojos estos tropezaron con el cristal del espejo.

Las mesas, las luces que ahora alumbraban del todo... y Stella Perkins luciendo una estola de visón y minifalda.

Y botas.

Estábamos en una época en que todo el mundo podía vestir como le viniera en gana, sin ética de ninguna clase.

Una pierna sobre la otra, y era preciosa; más que preciosa, hermosa.

Me bebí el *whisky* de golpe, aboné su importe, descendí del taburete y me acerqué a la mesa en que se sentaba.

De los dos, ya que se encontraba acompañada, ella fue la primera que me vio.

Vi el asombro en sus magníficos ojos y al segundo siguiente me estaba sonriendo.

—Míster Porter —exclamó tendiéndome su mano pequeña pero de dedos largos rematados en nacaradas y bien cuidadas uñas—. Confieso que no le esperaba por aquí. ¿Ocurre algo?

Le devolví la sonrisa.

—No. La verdad es que... leí el libro de su hermano,

¿comprende?

—Y vino por eso. ¿Por mí?

—No. Es decir, sólo en parte ya que no sabía si la encontraría o no.

—En ese caso...

—Pregunté en la barra por míster Lionel Barris, ¿comprende? Deseo hablar con él.

—Barris soy yo.

Le miré mientras que la sonrisa de Stella se ampliaba.

—Perdona, Lionel —dijo—. Les presentaré.

Lo hizo y a continuación añadió:

—Siéntese, míster Porter, ¿quiere?

Tomé una silla y me coloqué entre los dos, pero al otro lado de la mesa, con lo que ambos quedaban frente a mí.

Silencio.

Fue largo y lo rompió el propio Barris.

—Usted dijo que deseaba hablar conmigo, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí.

—¿Y bien...?

—Hábleme de Kimball Perkins, ¿quiere?

—No.

Un nuevo silencio, más largo que el anterior, y que corté con una pregunta:

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que no me gusta hacerlo.

—¿Algún motivo especial?

Desvió los ojos hacia el rostro impasible y bello destella, y comprendió lo que estaba pensando sin necesidad de palabras, pero también lo comprendió ella.

—Por mí puedes hablar cuánto quieras, Lionel —dijo.

Me miró.

Ojos pardos, boca de labios delgados e incoloros y el mentón cuadrado. Elegante en el vestir a pesar del tocado de *miss* Perkins.

—Prefiero no hacerlo —respondió.

Dando de lado a mis anteriores pensamientos respondí:

—¿Por qué, míster Barris? ¿Acaso porque míster Perkins dijo la verdad respecto a usted y a Stella?

Conseguí lo que me propuse.

—Kimball era un sucio... y, ¿quién diablos es usted para meterse en lo que no le importa?

Miré a Stella.

—Perdona, Lionel —dijo—, pero a pesar de todo, Kimball era mi hermano, ¿comprendes?

—¿Y eso qué tiene que ver para que míster Por...?

—Todo, querido. Míster Porter es un privado de Filadelfia... y está buscando a un asesino.

Me miró y creí ver un poco de odio en lo más profundo de sus pupilas. Antes de que pudiera formularme pregunta alguna para este hecho tan insólito, él ya estaba diciendo:

—No tiene derecho alguno a hacerme preguntas, pesquisa, pero voy a contestarle por causa de *miss* Perkins, ¿comprende? Kimball era... Bueno, si leyó su último libro ya sabe a qué atenerse. Y no hay nada de eso. Stella es una buena amiga mía y nada más.

—¿Seguro?

Fue ella la que respondió:

—Así es. No es mi amante ni mucho menos aunque hemos salido varias veces juntos e incluso nos hemos besado.

—¿Y de lo demás? ¿Qué hay de cierto en lo demás, míster Barris?

Entrecerró los ojos y su voz se hizo oscura cuando respondió:

—Correcto, pesquisa, hubo una época en que me drogaba, ¿comprende? Pero también hubo otra en que me pasé una buena temporada en una clínica de desintoxicación y ahora... Bueno, ese cerdo aireó una cosa que sólo era cuestión mía y de mi familia.

Treinta años. Ni uno más. Pregunté:

—¿Y por eso le mató, míster Barris?

Vi cómo Stella se movía nerviosa sobre la silla y esperé. Fue muy poco; cuestión de unos segundos, y respondió:

—Tengo una coartada perfecta, míster Porter. Una coartada que ya di a la policía.

—¿Puedo saberla yo?

—Es todo cuanto pienso decirle de este asunto, ¿entiende? Busque por otro lado. Pensando en mí como posible asesino, se estrellará.

No respondí. Meditaba.

Y mis meditaciones las cortó la propia Stella.

—Lionel le está diciendo la verdad, míster Porter, ¿comprende?

—No —dije secamente—. Por mucho que se esfuercen los dos en hacérmelo comprender, confieso que no puedo.

Barris se puso en pie y en los ojos de Stella vi la consternación justo en el momento en que le imitaba.

—Yo sé dónde se encontraba míster Barris cuando mataron a mi hermano. ¿Me comprende ahora?

Barris, sin al parecer hacernos caso a ninguno de los dos, empezó a rodear la mesa, tomó la estola, se la colocó sobre los hombros y preguntó:

—¿Nos vamos, Stella?

—Lionel... Espera, ¿quieres?

Barris no contestó, pero no se apartó de su lado y vi su mano de dedos largos y fuertes cómo la sujetaban del brazo a la altura del codo.

Pregunté:

—¿Qué pueden decirme de Mary Jo Stivens?

—Que era amiga de Kimball.

—¿Nada más, Stella?

Barris, impaciente, estaba tirando de su brazo.

—Nada más... por esta noche —dijo—. Mañana nos veremos, míster Porter.

No me dieron tiempo a nada más.

Ambos, Barris llevándola siempre del brazo, dieron media vuelta y se alejaron hacia la puerta de la calle y les vi salir.

Regresé a la barra.

Pensando y consultando el reloj. Las dos de la madrugada.

Pedí *whisky*.

Stella Perkins, Mary Jo Stivens, Lionel Barris y el matrimonio Sullivan; Nora y Joe Sullivan.

Personajes de una novela policíaca, que terminaba en tragedia para su propio autor.

Y Perkins, el hombre al que todos odiaban o temían, quizá porque a pesar de la suciedad, de la basura que encerraba dentro, decía la verdad.

Todos tenían el mismo motivo, o distinto, según cómo se mirara, para matarle, para desear apartarle de un modo definitivo de este maldito mundo.

Lo habían conseguido.

¿Quién?

Había un «por qué», pero éste no estaba claro.

Sacó podredumbre y basura de unos cuantos, de sus íntimos, escribiendo sobre ellos la verdad o la ficción mal intencionada de cómo eran, a qué se dedicaban y sobre todo las relaciones más o menos lícitas que les unían entre sí, y aquello no gustó.

A uno menos que a los otros.

Al asesino, y le liquidó tan pronto como vio su nombre impreso en letras de molde.

Con un nombre supuesto, claro, pero que en él reconocía su propio «yo».

Y Stella, la hermana interesándose por aquella muerte. Ella y Lionel Barris.

¿Amantes?

Lo negaban, pero el propio Perkins dijo que sí, incluso daba fechas, lugares y moteles donde se habían citado y donde se citaban desde hacía meses.

¿Verdad o mentira? Mary Jo Stivens. Una sucia mestiza de piel blanca pero hija de una negra y un blanco.

Una muchacha que se ganaba la vida como corista en un club nocturno y que no dudaba en exhibirse desnuda en la pista de baile si la danza que interpretaba debía ser de aquel modo.

Una mujer que iba unida al propio Perkins con lazos más o menos íntimos...

Unas preguntas que no le hice porque no me dio tiempo pero que pensaba formularle tan pronto como la viera aquella madrugada.

Y el matrimonio Sullivan.

Una mujer sin ética ni escrúpulos a la que le gustaban los hombres, con un marido que era un completo imbécil.

¿Mentira o realidad?

Desde luego había algo de cierto en todo aquello o Perkins no hubiera muerto. Por lo menos no de aquel modo.

Levanté el vaso y bebí hasta mediarlo. Al terminar consulté el reloj.

A mi espalda, en la circular pista, las parejas danzaban alocadamente.

No me volví a mirarlas; en aquel momento, mi mente no estaba para piernas más o menos hermosas.

No, de ningún modo. Y la incógnita.

De nuevo me llevé el vaso a los labios y bebí hasta terminar con su contenido, deposité una moneda sobre el mostrador, junto al vaso, descendí del taburete y alcancé la calle.

El coche.

Conduje hasta el

Mario's,

en Sanson, rodeé el edificio y estacioné frente a la puerta trasera.

Y por tercera vez en poco tiempo clavé los ojos en la esfera luminosa de mi reloj. Las dos y cincuenta y cinco minutos.

Encendí un cigarrillo, me retrepé contra el asiento y clavé mis ojos en la puerta.

Casi terminaba de consumirlo cuando la vi salir; minifalda, la más corta que yo había visto, una especie de chaqueta para ocultar los desnudos hombros y el pelo.

Maravilloso pelo que ahora iba peinado en tirabuzones negros que rozaban las hombreras de la chaqueta.

La vi mirar alrededor y bajé el cristal de la ventanilla cuando ella ya estaba mirando el coche.

Hice una seña y se me acercó, andando sobre la acera como lo que era en realidad; una buena bailarina.

—¿Sube?

Se encogió de hombros y respondió:

—¡Qué remedio!

No dije nada, abrí la portezuela y se acomodó a mi lado extendiendo frente a mis ojos sus esbeltas piernas, y arranqué.

—¿Dónde la llevo, *miss* Stevens?

—Creo que le dije que mi nombre era Mary Jo —sonrió—. Si no fue así, se lo digo ahora.

—Correcto, muchacha —respondí—. ¿Dónde?

—A la Twelfth Street —dijo—, cerca de Pine. Casi hace esquina. Ya le indicaré el número.

—¿Su apartamento?

—Sí.

—¿Vive sola?

—¿No lo sabe usted? Ese libraco de Kimball se lo dijo, ¿no?

Era así por lo que no respondí y continué conduciendo en silencio por espacio de varios minutos hasta que de un modo repentino pregunté:

—¿Qué relaciones la unían a él?

—¿Qué relaciones puede sostener una sucia mestiza con un tipo como Kimball, polizonte?

—Amantes, ¿no?

Se echó a reír.

Ante mi estupor, Mary Jo se echó a reír.

—¡No sea estúpido, míster Porter! Ni eso. Kimball era malo... un cerdo con chaqueta y levita... pero nada más. Me pintó en su obra como le dio la gana y esto, tanto si me cree como si no, me ha hecho bastante daño. Y me refiero profesionalmente, ¿sabe?

Dudé unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Por qué?

Por el espejo retrovisor vi cómo me miraba arqueando una ceja.

—Hay muchos que leyeron esa novela, ¿comprende?, y ahora se creen... se creen con derechos sobre mí que no me gustan.

—¿Y no es así?

Esperaba que se enfadara, que me insultara o en fin, que dijera algo fuerte pero no lo hizo.

Sencillamente y sin alterarse, respondió:

—¿Usted también lo cree así?

Casi al segundo siguiente y sin saber por qué, supe cuál era el verdadero sentido de su pregunta y respondí:

—No tengo prejuicios raciales, Mary Jo. Si me decidiera a besarla a usted, cuando lo hiciera, sólo vería que entre mis brazos se encontraba una mujer hermosa... y no una sucia mestiza. Me comprende, ¿verdad?

Tardó en contestar pero cuando lo hizo dijo exactamente lo que yo esperaba que dijera:

—Sí, creo que sí. Y gracias. Me estaba haciendo falta oír eso.

No respondí hasta pasados unos minutos y como cosa lógica fue con una pregunta:

—¿Conoce a los Sullivan, Mary Jo?

De nuevo noté en mi rostro sus obsesionantes ojos negros.

—Un poco —dijo—. No se olvide que soy una simple corista de un club nocturno y por tanto no puedo codearme con la crema que

asiste para verme las piernas.

—¿Cómo son? —dije sin hacer caso de sus palabras.

—¿El qué? —preguntó a su vez—. ¿Mis piernas?

—No me refería a eso, Mary Jo, pero si me quiere oír decirle que me gustan, que son exageradamente perfectas, le diré que es así. Y ahora que lo sabe, ¿quiere responder a mi pregunta?

Lo hizo tras una breve vacilación:

—*Mistress* Nora Sullivan tiene los cascos demasiado ligeros y eso no gusta a algunas personas. Tampoco le gustaba a Kimball.

—¿Algo entre él y ella? Se encogió de hombros.

—Eso nunca se sabe. Kimball salía con toda clase de mujeres y Nora no iba a ser la excepción de la regla y más siendo como es.

—¿Y Joe Sullivan?

—Ve, calla y obra.

—¿Qué quiere decir con eso de que obra callando?

Volvió a mostrar sus blancos y perfectos dientes en una sonrisa.

—A míster Sullivan le toman por imbécil pero no es así, polizonte. Él sabe de las andanzas de su mujer y al parecer no le preocupa. Por lo menos no mucho. Yo...

Vaciló y terminó por callar. Insistí.

—Continúe con lo que iba a decir, Mary Jo —dije.

—Bueno, les he visto juntos en más de una ocasión. Me refiero a Nora y a Kimball, ¿comprende? En una ocasión les sorprendí besándose en uno de los camerinos del Mario's

y luego... luego el propio Kimball me preguntó si me sentía celosa de *mistress* Sullivan.

—¿Tenía motivos para preguntarle, muchacha?

Sus ojos brillaron.

—Ya le dije que no.

No respondí.

Una vez más pensaba en todo aquello.

Estábamos entrando en la Twelfth cuando pregunté:

—¿Puede decirme dónde se encontraba cuando mataron a Kimball, Mary Jo?

—El caso es que no lo sé. Por lo menos no con seguridad. Pude estar en el Mario's

como por ahí.

—Al decir por ahí, ¿a qué se refiere?

—Me gusta pasear de vez en cuando. Otras tomo el coche y entro en cualquier casa de juego donde pasó unas horas apostando. Y eso también lo dice Kimball en su novela; pero no del modo como es...

La interrumpí.

—¿Jugó aquella noche?

—No lo sé —me miró fijamente a través del espejo y preguntó—: ¿A qué hora asesinaron a Kimball, polizonte? —Y añadió mucho antes de que lograra contestar—: Hemos llegado, míster Porter.

Detuve el coche, nos miramos a los ojos y preguntó:

—¿A qué hora?

Sus ojos mostraban inocencia al insistir, y respondí:

—No lo sé.

Le estaba diciendo la verdad ya que ni siquiera le pregunté a Stella, y al recordarla pregunté:

—¿Qué puede decirme de Stella Perkins?

Achicó los ojos.

—Vive con Mónica Dale en la quinta de su hermano.

Me envaré.

—¿Quién es Mónica, Mary Jo?

Me miró suspicaz, como si de pronto empezara a sospechar algo sobre mí, y no obstante respondió:

—La secretaria particular de Kimball. Una muchacha rubia, hermosa y muy joven. Creo que era ella quien pasaba a máquina las páginas manuscritas de sus novelas.

—¿Cómo es eso que viven juntas?

Pensé que Stella no la había mencionado y me preguntaba qué motivos había tenido para callarlo mientras esperaba su respuesta.

—No lo sé —dijo al fin—. Ya le dije que con el único que me codeaba de todos ellos era con Kimball.

—¿Por qué con él, Mary Jo?

Me dedicó una sonrisa.

—Era un hombre que gustaba a las mujeres quizá por el misterio que envolvían sus novelas y que emanaba de todo él, si me comprende lo que le quiero decir.

—¿A usted también?

—Sí —respondió sin una sola vacilación—. Y si quiere saber algo más, le diré que también me besó, y que alguna que otra noche salí con él pero regresé aquí sin nada más. No, no hubo otra cosa, como ya le dije. Nada entre los dos a pesar de lo escrito.

—Usted, Mary Jo, tenía un motivo para asesinarle.

—Sí, y en más de una ocasión deseé verle muerto, pero yo no le maté. Y ahora, ahora, muerto ya... no puedo decir que me alegro de su muerte aunque tampoco lo siento. Es todo cuanto puedo decirle.

Ladeó la cabeza para mirar por la ventanilla y añadió:

—Es justo en ese número. En el 896, piso decimocuarto, apartamento 78-A.

Suba conmigo si quiere una copa.

Miré el reloj.

—Es muy tarde, Mary Jo —dije—, y aún tengo que hacer algunas gestiones.

Me miró de hito en hito y vi cómo su rostro se nublaba.

—Me dijo que no tenía prejuicios raciales, misten Porter.

Sonreí.

—No los tengo, querida. Es sencillamente lo que le dije. Es tarde y debo trabajar otro poco antes de irme a dormir —saqué una de mis tarjetas de visita y se la di, añadiendo—: Cuando termine mañana noche en el club, venga a mi apartamento, Mary Jo. La estaré esperando.

No respondió, tomó la tarjeta y la leyó.

Me estaba mirando a los ojos cuando dijo:

—Debí sospechar esto, pesquisa. Me hizo varias preguntas que un policía no haría, además de que me *extrañó* que siéndolo, no supiera la hora en que mataron a Kimball.

—¿Y...?

Soltó la tarjeta en el asiento, entre ella y yo.

—Gracias por la invitación pero no me espere. No voy a ir.

Abrió la portezuela y descendió. Y, en pie sobre la acera, se volvió para mirarme.

—Gracias por el paseo, pesquisa —dijo—. Buenas noches.

—La estaré esperando, Mary Jo —respondí.

Sin replicar dio media vuelta y arranqué tan pronto como la vi entrar en el portal que daba acceso al edificio donde tenía su

apartamento.

Me fui a dormir.

CAPÍTULO III

Georgetown, en el distrito de Columbia.

Miré las tablillas indicadoras al segundo de entrar en el portal, a las once de la mañana del día siguiente.

Joe Sullivan, piso quinceavo, apartamento 333-F.

Tomé el ascensor.

Ya en el pasillo busqué la puerta correspondiente a su apartamento, levanté la mano y pulsé el botón del zumbador.

Esperé.

Un minuto escaso y aquélla se abrió enmarcándole en el umbral, y me di cuenta de que era exactamente igual que Kimball Perkins lo describiera en su novela.

Alto, fuerte, elegante, rubio y de ojos ágata un tanto fríos, anchos los hombros, estrecha cintura y piernas fuertes, pies un tanto grandes calzados con zapatos que trillaban como un espejo.

Arqueó una ceja al verme.

—¿Sí...? —preguntó en tono cortés.

—Me llamo Larry Porter y quiero hablar con usted y con *mistress* Sullivan.

Arqueó las cejas.

—Mi esposa no está en este momento.

—Es lo mismo —sonreí—. Puedo conformarme con usted.

—¿Y...?

—Kimball Perkins, el novelista. Le supongo enterado de su muerte, ¿verdad?

No se estremeció.

—Sé que le asesinaron —hizo una ligera pausa y preguntó—: Y a todo esto, ¿puedo saber quién es usted?

Le di una de mis tarjetas y esperé.

—Uno de esos pesquisas inteligentes, ¿no?

Me encogí levemente de hombros.

—Si usted lo dice...

No esperaba que lo hiciera y me sorprendió; ésa es la verdad, ya que de un modo repentino se apartó de la puerta e invitó:

—Pase, ¿quiere?

Crucé el umbral, cerró a nuestra espalda y continuó:

—Por aquí, por favor. El *living*.

Grande, magnífico, elegantemente decorado, con gusto y sencillez y en mi fuero interno alabé a *mistress* Sullivan.

—Siéntese, por favor.

Lo hice en uno de los sillones y él me imitó en el otro, frente a mí.

—¿Qué hay de Kimball y a qué obedece su visita?

—Creí que ya habría llegado a una conclusión al verme aquí —repliqué.

—Bueno, ésa es... —Y preguntó en una brusca transición—: ¿Qué es lo que quiere saber?

—Antes que nada, debo decirle que leí su última novela, ¿comprende?

Sus ojos se endurecieron.

—Lo supongo —dijo—. Una novela llena de mentiras, de sucias mentiras, por lo que respecta a sus personares.

—¿Sí...?

—¿Usted no lo cree así?

—Sólo en parte.

—¿Y...?

Disparé la pregunta sin dejar de observarle atentamente.

—¿Dónde se encontraba en el momento en que le reataron?

—¿Y cómo sé en qué momento ocurrió el hecho, pesquisa?

Una buena respuesta a fe mía, pero que por contraste me dejó completamente indiferente.

—Fuera a la hora que fuese, ¿dónde pasó la noche, míster Sullivan? —pregunté.

—Aquí —replicó sin una sola vacilación.

—¿Solo?

Arqueó una ceja, exactamente como hiciera en la puerta cuando me vio.

—Mi esposa estaba aquí.

—Este testimonio no sirve, míster Sullivan, y usted lo sabe.

—Pues no hay otro.

Vacilé unos segundos hasta que continué:

—Dígame, ¿qué relaciones les unían a ustedes dos? Me refiero a...

—Sé lo que quiere decir, pesquisa —me interrumpió—. Aparentemente éramos amigos.

—¿Sólo en apariencia?

—Sí, así es, pero en el fondo nos odiábamos.

—Aclaremos eso —dije—. Se odiaban mutuamente, ¿o era usted el que le odiaba a él?

—¿Por qué tenía que odiarle yo, en exclusiva?

—Tal vez a causa de *mistress* Sullivan —repliqué preparándome para el estallido. Pero no ocurrió así.

Ni siquiera se movió del sillón ni cambió de expresión cuando dijo:

—No hay duda de que Kimball era un cerdo —me miró fijamente y preguntó—: ¿Sabe cómo me dibujaba a mí en su novela?

—Sí —dije.

—Un tipo poco menos que estúpido o ciego ante lo que él tilda de infidelidades de mi esposa.

—¿Y mintió al afirmarlo?

Fue entonces cuando su voz se volvió exageradamente suave al responder:

—Si continúa de ese modo, pesquisa, no voy a tener más remedio que pedirle que abandone mi casa.

No hice caso y continué:

—Dígame, míster Sullivan, ¿eran muy amigos su esposa y míster Perkins?

Desvió los ojos de los míos y respondió:

—Sí.

—¿Íntimos?

Se puso en pie.

—Por favor —dijo suavemente—, ¿quiere salir de aquí?

Le imité y ambos quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos.

—Ahora mismo —dije—, pero tenga en cuenta que estoy

buscando un motivo para su asesinato. Un motivo que no estuviera dentro de las páginas de su novela. Por ejemplo; los celos, en este caso justificados, de usted. Un crimen pasio...

No dijo nada, no avisó; de un modo repentino dio un paso hacia mí y disparó el puño derecho.

A duras penas pude esquivarlo y a continuación no le di tiempo a nada más; disparé el mío y de un modo repentino vi cómo caía sobre el sillón en el que había permanecido sentado hasta entonces, que arrastró consigo en su caída, en un confuso montón.

Empecé a retroceder sin perderle de vista, ahora con la mano en el interior de mi americana, acariciando la culata de la automática.

Se encontraba de rodillas, al lado del sillón, sacudiendo la cabeza, haciendo esfuerzos por ponerse en pie, cuando alcancé la puerta.

—No se moleste en acompañarme —dije calmadamente—; recuerdo perfectamente la salida.

Cerré, descendí por la escalera hasta la planta baja y tomé el volante.

Una quinta con una muchacha. O con dos muchachas ya que por el momento lo que me interesaba era hablar con Mónica Dele y preguntarle por qué Kimball Perkins, en su novela, no la había mencionado.

Las vi a las dos tan pronto como desvié el coche de la carretera principal para internarme por un bien pavimentado camino en dirección a la quinta de ladrillo rojo que había a unas quinientas yardas de distancia de la carretera.

En bikini lo que era mucho más interesante que la minifalda, según mi modesta opinión.

Una rubia sensacional... aunque todas las rubias lo son, sin paliativos de ninguna clase, y Stella Perkins que fue la primera en ponerse en pie para hacer pantalla con las manos.

La vi sonreír y me dije que había reconocido el coche.

Lo detuve junto al bordillo en tanto ella se acercaba y la rubia Mónica quedaba a contraluz con el azul del cielo y el mar que tenía a su espalda y saqué la cabeza por la ventanilla.

—Hola, pesquisa —saludó sin perder la sonrisa—. ¿A qué se debe esta sorpresa?

La miré de pies a cabeza y su sonrisa se amplió.

—¿Tanto le gusto a usted, pesquisa? —preguntó con los ojos brillantes—. ¡Pues nadie lo diría!

No hice caso y respondí:

—Quiero hablar con la rubia. Con Mónica Dale.

Arqueó las cejas y en sus ojos vi el asombro que le producían mis palabras.

—Dígame, Stella —añadí—; ¿por qué no me la mencionó cuando habló conmigo?

—No creí que fuera importante.

—En un asesinato, querida, todo es importante —declaré fríamente.

—Vamos —dijo—, no se enfade y venga conmigo. Puedo invitarle a tomar un *whisky* mientras acosa a preguntas a esa bella secretaria.

No respondí, abrí la portezuela y abandoné el coche.

Se prendió de mi brazo y tiró de mí hasta el borde de la piscina.

La rubia se había sentado y mis ojos patinaron por su figura desde la bella cabeza hasta las punteras de sus pies descalzos.

Era muy hermosa y muy joven; casi tanto como pudiera serlo la propia Stella, que en aquel punto interrumpió el hilo de mis pensamientos, cuando nos presentó.

—Mónica Dale, mi amiga —dijo—. Míster Larry Porter, un detective privado de Filadelfia, querida. Al parecer hoy ha venido aquí con la maligna intención de hacerte unas preguntas.

Me miró a los ojos.

Los suyos grandes y rasgados e intensamente azules. Me sonrió.

—Hola, pesquisa —dijo tendiéndome la mano que estreché—. Puede soltar la primera cuando quiera.

—Kimball Perkins, el hermano de *miss* Stella —dije.

—¿Y...?

—Usted era su secretaria particular, ¿no?

Fue en aquel momento cuando Stella hizo algo que verdaderamente no esperaba.

—Me marchó ahora a la casa, querida —dijo—. Por tanto, te dejo a solas con él. Sé una buena chica. Le gustan las rubias, ¿sabes?

No esperó respuesta, tomó el albornoz y me puse en pie para ayudarla a que se lo pusiera sobre los hombros.

—Gracias.

Una sonrisa, dio media vuelta y se alejó de nosotros.

La seguí con la vista y a continuación me volví a mirar a Mónica que a su vez me observaba en silencio.

—Siéntese y tome un *whisky* —dijo señalándome la silla en que hasta entonces ocupara Stella.

Lo hice y empezó a poner *whisky* en uno de los altos vasos que tenía junto a ella sobre una mesita plegable.

A continuación me lo dio y clavó sus ojos en mí.

—¿Decía...?

Me humedecí los labios antes de responder:

—Iba a hablarme de Kimball Perkins, *miss* Dale —dije.

Sonrió.

—¿Qué desea saber? —preguntó.

—Todo lo que pueda decirme, que será mucho. Usted era su persona de confianza, ¿no? Y otra cosa; los motivos que tuvo para no ponerla en su última novela.

Se encogió de hombros.

—Eso es algo que no sé —respondió—. En cuanto a lo demás, poco o nada puedo decirle. Míster Perkins no confiaba sus secretos a nadie. Casi apostarí a que tampoco lo hizo con Stella y ella era su hermana.

—Y sus relaciones con él, querida —inquirió—, ¿cómo eran en realidad?

—Las de una secretaria con su jefe.

—¿Nada más?

—Nada más. Ciertamente me invitó algunas veces a salir con él, pero también invitó a algunas otras.

Cambié radicalmente de conversación:

—¿Oyó hablar alguna vez de una tal Mary Jo Stivens?

—Creo que es una de las coristas del

Mario's.

Es un club nocturno instalado en un subsuelo, allá por Sanson.

—¿La conoce?

—¿A ella? No, desde luego que no.

—¿Qué relaciones la unían con míster Perkins?

—Como todas. Salía con él.

—¿Nada más?

—Nada más, que yo sepa.

Bebí un poco y al terminar volví al primer tema de la conversación:

—Y usted, *miss* Dale, ¿me dijo la verdad cuando afirmó que sus relaciones con míster Perkins no eran nada más que...?

—Le dije la verdad, pesquisa. Ahora, si no me cree, el problema es suyo y no mío. Hice una pausa y disparé la pregunta:

—¿Dónde se encontraba la noche en que le mataron, *miss* Dale? Mónica me miró fijamente.

Sonreía.

—Bueno, quizá en su casa, al acecho, con una automática en la mano, esperando una oportunidad para asesinarle y lo hice. Luego lancé la pistola no lejos de aquí, y me fui a dormir. Era un sucio y todo el mundo lo odiaba. Incluso yo a pesar de lo que le dije antes, pesquisa, pero yo no le asesiné. ¿Motivos...? Podía tener muchos como no tener ninguno. Un día... salí con él en coche y por la carretera fingió una avería e intentó... intentó seducirme. Luchamos y le arañé, abandoné el coche y arrancó dejándome allí, a varias millas de Filadelfia, por lo que tuve que regresar a pie. Nunca le perdoné aquello.

—¿No?

Me miraba de hito en hito cuando respondió:

—No, nunca, ¿comprende?

—Y no obstante usted continuó trabajando para él. ¿Por qué?

—Pagaba una enormidad por hacer menos que nada. Lo entiende ahora, ¿verdad? Por otra parte, al día siguiente me pidió perdón por lo ocurrido y me rogó que tratara de olvidarlo y que no volvería a ocurrir, y cumplió su palabra. Desde entonces, jamás me molestó. —Inició una nueva sonrisa y añadió—: No le maté, pesquisa, y le estoy diciendo la verdad. Busque por otro lado o fracasará —hizo una pausa y preguntó—: Y a todo esto, ¿quién diablos le contrató para que metiera las narices en todo esto?

—¿No lo sabe?

—No. A no ser que Stella cometiera esa locura. ¿Quién fue?

—Eso, querida —repliqué—, no estoy obligado a decírselo.

—No, desde luego que no.

Nos miramos y terminé con mi *whisky*.

—Dígame una cosa, *miss* Dale —pregunté bruscamente—; ¿qué

sabe de un matrimonio llamado Sullivan?

—Oí decir que una mujer llamada Nora, de ese apellido, frecuentaba la compañía de míster Perkins.

—¿Nada más?

—Respecto a eso, nada más, pesquisa.

—¿La conoce a ella?

—Le he visto una o dos veces en el

Mario's.

—No sabía que frecuentara ese club, querida.

—He ido tres o cuatro veces en compañía de míster Perkins. Se lo digo porque sé que lo averiguará de un modo u otro.

—¿Cómo es ella?

—¿Quién? ¿Nora Sullivan?

—Sí, claro.

—Si va alguna vez por el club, ya la conocerá.

¿Había algo más que preguntar?

Yo mismo me dije que sí, que muchas cosas, pero de tantas como se me ocurrían, no formulé ninguna.

Me puse en pie y sus azules ojos me miraron con asombro.

—¿Ya se marcha? —preguntó.

—Tengo trabajo, querida —respondí—. ¡Ah!, despídame de *miss* Perkins. Dígale que la llamaré uno de estos días.

—¿Algo más?

—No, nada más.

Iniciaba la media vuelta hacía mi coche cuando preguntó:

—¿Nos volveremos a ver, pesquisa?

Ladeé la cabeza para mirarla y respondí:

—Tenga por seguro de que será así, *miss* Dale. Siento curiosidad por saber dónde y con quién pasó la noche el día en que asesinaron a su jefe y, sobre todo, por qué él no la describió en su novela.

No me respondió y continué andando hasta el automóvil, abrí la portezuela, me acomodé frente al volante y arranqué.

Al maniobrar para dar la media vuelta, vi la figura de Stella en el umbral de la puerta de la quinta, diciéndome adiós con la mano.

Continuaba en bikini y sin saber por qué rara asociación de ideas recordé a Mary Jo.

La carretera, un motel, el bar; reduje la velocidad del coche, lo detuve en la playa de estacionamiento y entré en el bar.

Dos o tres chicas sobre los taburetes, minifaldas y piernas más o menos preciosas, y melenas... pero no de ellas, claro.

Me subí a uno de los taburetes, pensando.

—¿Qué va a tomar?

Pelirroja con muy poco por delante y una gran sonrisa en los rojos labios.

—*Whisky*, preciosa —dije.

Continuaba sonriendo cuando me lo sirvió, pero yo deseaba estar solo con mis pensamientos.

Empecé a beber y se apartó hacia el otro extremo del largo mostrador. Las chicas de las minifaldas iban ahora hacia el tocadiscos automático. Maldije *in mente* y continué pensando.

En Mónica Dale.

Había algo que no le había preguntado. Los motivos que tenía para continuar viviendo en la quinta del que en vida fue su jefe, en compañía de Stella.

Era algo que no me explicaba satisfactoriamente y deseaba una nueva conversación con Stella, pero no sabía cómo conseguirla, por el momento, contando con la presencia inoportuna de la propia Mónica Dale.

Bebí el *whisky*, aboné su importe ante la sonrisa de la pelirroja que había detrás de la barra y el escándalo del tocadiscos y salí a la calle.

Una vez más el volante, y ahora conduje hasta un pequeño restaurante que había instalado cerca de donde tenía mi oficina.

Terminada la comida fui hasta allí, entré en el despacho, me quité la americana, la funda con las correíllas, aflojé el nudo de mi corbata y al ir a sentarme llamaron a la puerta.

Fruncí el ceño, terminé de sentarme y una vez lo hube hecho autoricé:

—Adelante, está abierto.

Entró, y entrecerré los ojos. Chasse Donovan.

Teniente Chasse Donovan, del Departamento de Homicidios.

—Pasa y siéntate, teniente —dije señalándole uno de los sillones que había al otro lado de la mesa despacho tras la cual me sentaba.

Lo hizo y ambos nos miramos en silencio por espacio de unos segundos, hasta que él preguntó:

—¿No quieres saber para qué he venido, Larry?

—Tú vienes aquí cada vez que quieres, Chasse —respondí—. Una vez por una cosa u otra, siempre lo haces, ¿no?

—Así es, pero ahora es diferente.

—¿Por qué?

—Hay una denuncia contra ti en el precinto, ¿comprendes?

—No.

Me miró fijamente y aguanté su mirada.

—Míster Joe Sullivan te acusa de agresión.

—Yo lo llamaría defensa propia, pues fue él quien primero atacó, pero ahora no vamos a discutir eso —le miré pensativamente y pregunté—: No habrás venido a detenerme por eso, ¿verdad?

—¡Cuernos, no! Por lo menos, aún no... pero deseo que me expliques una cosa:

¿Cómo diablos se te ocurrió meterte en un lío tan sucio como éste, Larry? ¿Quién te pagó para que lo hicieras?

No había nada malo en decírselo y lo hice.

—Stella Perkins, la hermana del muerto —dije.

Frunció el ceño.

—Bebí sospechar que ella haría algo de eso... y a pesar de todo.

—Sí... ¿Por qué?

—Stella Perkins es la amante oficial de un tipo llamado Lionel Barris, ¿comprendes, pesquisa? No obstante, ella lo niega.

—¿Y qué hay de cierto en esa afirmación con su correspondiente negativa, teniente? —pregunté.

—Estamos investigando en eso, pesquisa inteligente —replicó—. Y ahora, dime, ¿qué sabes de todo esto?

Hice una mueca y empecé a hablar, lo que dio lugar a que nuestro mutuo cambio de impresiones durara hasta muy cerca de las nueve y media de la noche, en que se despidió de mí con un «hasta luego», y me dejó solo, momento que aproveché para irme a cenar.

Desde las once hasta las dos de la madrugada busqué a Nora Sullivan de uno en otro club, de los que solía frecuentar según la novela de Kimball Perkins, pero no pude encontrarla en ninguno, por lo que deduje que posiblemente aquella noche no había abandonado su casa.

¿Llamarla por teléfono?

Podía hacerlo, pero me abstuve de ello recordando a Joe, su

marido, y me dije que era mucho mejor dejarlo para un momento más oportuno que muy bien podía ser el día siguiente.

Conduje hasta un *snack* bar donde consumí un bocadillo y bebí una lata de cerveza y a continuación me encaminé a mi apartamento.

Eran las tres y cuarto de la madrugada cuando me preparé un *whisky*, me senté en el *living* y me dediqué a pensar.

¿Qué tenía?

Nada por el momento.

Pensamientos e ideas que se entremezclaban entre sí y que embrollaban mi mente cada vez más.

Bebí un poco.

Mónica Dale, una sensacional rubia que odiaba a su jefe, cuando éste vivía, claro, y a pesar de su odio continuó trabajando para él hasta el momento de su muerte.

Ahora...

Bueno, ahora ella continuaba viviendo en la quinta donde trabajó como secretaria durante horas, días, meses y quizá años... aunque no muchos.

Era algo...

El zumbador de la puerta me sobresaltó y me puse en pie con el vaso en la mano y el ceño tormentoso preguntándome qué diablos de tripa se le habría roto a Chasse para venir a molestarme a aquella hora, y sin responder me acerqué a la puerta.

Abrí.

No era Chasse, ni mucho menos. Se trataba de Mary Jo Stivens.

Vi sus ojos fijos en los míos, su estola sobre los desnudos hombros, la minifalda, los largos y esbeltos muslos cubiertos por las medias negras de malla y me aparté a un lado sin pronunciar palabra.

Ella tampoco dijo nada.

Simplemente, vuelta de espaldas a mí, esperó a que cerrara la puerta. Entonces, en silencio, la prendí del brazo y la conduje al *living*.

—Siéntese, ¿quiere?

Iba a obedecer cuando me acerqué y le quité la estola. Sus redondos y morenos hombros se estremecieron.

—Gracias —dijo.

Se sentó, cabalgó una pierna sobre la otra y pregunté:

—¿Quiere tomar algo, Mary Jo?

—*Whisky*, si tiene, con unos cubitos de hielo.

Preparé dos en menos de cinco minutos y me senté a su lado entregándole uno de los vasos.

Me miraba, obsesionándose, desasosegándose con el brillo de sus ojos negros, sin pronunciar palabra, hasta que de un modo repentino susurró:

—Ni siquiera sé por qué he venido, pesquisa.

Con un brazo rodeé su cintura y me incliné un poco.

—Tal vez por el deseo de averiguar la verdad o la mentira de unas palabras, ¿no?

—Sí, quizá fue eso.

Me incliné más y la besé en los labios notando cómo abría los suyos bajo los míos mientras llevaba los brazos a mi cuello.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente, separados apenas por la mesa del comedor, sentados frente a frente, desayunando con lo que ella había preparado, pregunté:

—¿Estás muy cansada?

Arqueó una de sus negras cejas.

—No, no mucho —dijo—. ¿Por qué?

—Deseo que me hagas un favor, pero también es verdad que puedes hacerlo desde aquí.

—¿Y es...?

—Podías tomar ese teléfono y concertar una cita con *mistress* Nora Sullivan —dije.

Mary Jo tomó la taza de café, se la llevó a los labios y sin dejar de mirarme bebió hasta mediarla.

Respondió justo en el momento en que la depositaba sobre la mesa:

—¿Qué voy a decirle?

—Sencillamente, que has descubierto algo con respecto al asesinato de Perkins. Dale a entender que es importante y cítala en cualquier parte.

—¿En el

Mario's

y para esta noche?

—¿Algún motivo especial para que sea allí, Mary Jo?

Sin dejar de mirarme respondió:

—No. Ninguno.

—En ese caso, inventa otro lugar para dentro de... —me interrumpí para consultar el reloj y una vez que lo hube hecho añadí—: Pongamos dentro de un par de horas, muchacha.

—¿Acaso piensas presentarte tú?

—Sí, así es. No la conozco, pero tú me la vas a describir tan

pronto como hables con ella.

—Y apuesto a que vas a invitarla a comer contigo.

—¿Celosa?

—Eres... un maldito presuntuoso, pero yo... yo no puedo estar celosa de nadie aunque... aunque...

—Sigues teniendo complejos a pesar de todo, pequeña —dije.

Mary Jo guardó silencio, y ahora lo hizo hasta terminar con el desayuno. Entonces se puso en pie, rodeó la mesa y se acercó al teléfono.

Levantó el auricular y me dijo:

—Dame el número, ¿quieres?

Lo hice lentamente y discó.

Escuchó por espacio de varios segundos y repentinamente vi cómo ponía la mano sobre la bocina.

—¿*Mistress* Sullivan...?

Escuchó varios segundos más y la oí decir:

—No importa quién la llame en este momento, pero es importante. Dígale que la llama una persona que sabe algo, bastante... bastante... Bueno, es sobre el asesinato de un buen amigo suyo. De míster Perkins, el novelista.

Adivinando que quizá fuera su marido el que se puso al otro lado del hilo o una de las doncellas, esperé en vista de que Mary Jo callaba ahora.

Lo hizo por poco tiempo. Unos segundos nada más.

—¿*Mistress* Sullivan...?

Silencio y de nuevo la voz de Mary Jo:

—Se trata, como le dije a su doncella, de míster Perkins, ¿entiende? Es importante que yo la vea...

—¿...?

—¿Cómo que por qué, querida? Por la sencilla razón de que tengo algo interesante para usted, o para la policía, según prefiera, ¿comprende?

Un nuevo silencio y la oí reír.

—Nada de eso, *mistress* Sullivan. Nada de chantaje. Es... Bueno, quiero cambiar impresiones con usted, dentro de un par de horas. Eso o...

Una vez más se hizo el silencio, mientras Mary Jo escuchaba, hasta que lo rompió al contestar:

—En Independence Square dentro de dos horas. Hay un *snack* bar con mesas en la acera y una sola barra con cinco taburetes. Hay dos muchachas rubias sirviendo la barra. No se equivocará, *mistress* Sullivan, ya que no hay nada más que ése, por lo menos que tenga mujeres en la barra. Espéreme allí si yo aún no he llegado.

—¿...?

—Yo sí la conozco a usted, por lo que no habrá equivocación alguna.

Cortó la comunicación, soltó el auricular sobre su soporte y vino a mi lado.

—¿Cómo lo hice, Larry?

La miré de pies a cabeza.

—Creo, pequeña —dije—, que voy a pedirte que dejes de enseñar las piernas en

Mario's.

—¿Sí...? ¿Para qué?

—Para que te vengas conmigo como secretaria.

Sonrió y cambió de conversación.

—Nora Sullivan irá a la cita, como ya habrás comprendido.

—Descríbemela, ¿quieres?

Lo hizo.

Media hora más tarde se despedía de mí y ahora, mientras que lentamente rodaba hacia Independence Square, me di cuenta de que ni siquiera nos habíamos besado, ni citado para cualquier día o para cualquier noche.

Para nada.

Era como si en realidad lo ocurrido entre los dos no contara, por lo menos para ella, aunque nunca para mí.

«Una sucia mestiza...»

Mentalmente maldije a Kimball Perkins y traté de recordar a su hermana, en bikini, claro, que era mucho más interesante.

Todavía pensaba en Stella cuando detuve el coche frente a la puerta del *snack-bar* y consulté el reloj antes de abrir la portezuela para descender.

Las doce y cinco minutos.

O yo era un completo imbécil o *mistress* Sullivan ya se encontraba allí.

Descendí del coche, atravesé la acera, empujé la encristalada

puerta, entré en el bar, y la vi casi al instante.

Morena, lo mismo que Mary Jo, de rojos labios, mentón redondo, blanco cuello de cisne y nada más, porque al mirar por debajo de la mesa vi sus piernas.

Perfectas y largas.

Una mujer muy hermosa y muy joven ya que no sobrepasaría los veinticinco años.

Me acerqué a la barra, y al hacerlo pasé por su lado pero ni siquiera se dignó mirarme. Pedí un *whisky* y añadí al pedido:

—Póngamelo en la mesa de aquella dama. Me está esperando.

Sin esperar respuesta di media vuelta y me acerqué a la mesa.

Tal vez fingió no darse cuenta de mi presencia hasta que mi sombra se proyectó sobre ella y entonces levantó la cabeza para mirarme y vi la sorpresa en sus ojos.

—¿Puedo sentarme, *mistress* Sullivan?

—¿Hemos sido presentados? —preguntó—. Por otra parte, ¿no me confunde con otra? Vamos, no moleste. Tengo una cita que no tardará en llegar.

Puse una de mis manos sobre el respaldo de una de las sillas y mientras el barman se acercaba a la mesa, respondí:

—A esa cita no acudirá nadie a no ser yo, *mistress* Sullivan.

Abrió mucho los ojos pero calló.

El barman estaba soltando mi vaso y Nora Sullivan esperó a que se hubiera retirado para decir:

—¿Sí...? ¿Y cómo sabe eso?

Pero a pesar de sus preguntas sorprendí en sus ojos que ya empezaba a sospechar la verdad.

—Mi secretaria fue la que la llamó, ¿comprende? —mentí con todo cinismo.

—¿Por qué?

—Ya se lo dijo por teléfono, ¿verdad? —Hice una pausa que ella no interrumpió y pregunté—: ¿Puedo sentarme?

Dijo que sí, y ante mi estupor me sonrió.

Lo hice, frente a ella y devolví la sonrisa en tanto que los segundos de silencio se hacían espesos.

Hasta que Nora se decidió a cortarlo.

—Bien —dijo—, ¿quién es usted y qué desea de mí?

—Me pagan por averiguar cosas, *mistress* Sullivan —dijo—. Las

cosas sucias que hace la gente.

Arqueó levemente una de sus cejas.

—¿Y yo las hago? —preguntó.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

—¿Sí...? ¿Y con qué derecho?

—Según cómo se mire —sonreí— no tengo ninguno... o puedo tenerlos todos en un momento dado.

—Sí, si usted lo dice —vaciló un poco y sin dejar de mirarme fijamente preguntó—: ¿Qué cosa sucia he hecho yo, si puedo saberlo?

Extraje el paquete de cigarrillos, le di uno, tomé otro, los encendimos y respondí:

—Por ejemplo, asesinar a míster Kimball Perkins, ¿no?

Su hermoso rostro permaneció impassible frente al mío cuando respondió:

—Si usted lo dice, puede ser así... aunque yo no lo hice. Kimball era un sucio... pero nada más. No creo que nadie le odiara hasta el extremo de matarle.

—Y no obstante lo hicieron.

—Sí, así es.

—¿Y no fue usted?

—Le dije que no... tenía motivos...

—¿Ni aun sabiendo como la describió a usted en su última novela?

Me dedicó una nueva sonrisa.

—Ni aun así —replicó.

—Dígame, *mistress* Sullivan —dije tras una ligera pausa—, ¿dónde se encontraba usted la noche que mataron a Kimball? Su esposo me dijo que la pasó fuera de casa. ¿Dónde?

—Joe siempre habla demasiado —comentó—; en cuanto al resto... no creo que le importe a usted —me miró largamente y preguntó—: Un privado, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y quién le pagó para tratar de sacar a relucir mis intimidades, querido? ¿La pequeña Stella?

—¿Por qué ella precisamente, *mistress* Sullivan?

—Porque tratándose de Kimball, ella es la única capaz de gastarse unos cuantos miles de dólares por tratar de descubrir a una

persona que, según mi opinión, sólo hizo justicia.

—¿Por su propia mano? No, *mistress* Sullivan, nada de eso. Cometió un asesinato y si puedo, va a pagar por él.

—Sí, es lo que esperaba que dijera...

—¿Dónde, *mistress* Sullivan?

De nuevo me sorprendió con su sonrisa.

—La policía ya lo sabe, pesquisa.

—Si es así, ¿por qué no puedo saberlo yo?

—Por la sencilla razón de que no le importa a usted, repito una vez más. Y márchese ahora, por favor... e interroque a Mónica Dale. Ella puede explicarle muchas cosas con respecto a Kimball. Muchas más que pueda explicarle yo. ¡Ah!, pregúntele también dónde se encontraba aquella noche. Puede que su coartada, si la tiene, cosa que dudo, no sea tan eficaz como la mía.

Fumé en silencio por espacio de unos segundos y respondí:

—Ya estuve hablando con ella, *mistress* Sullivan.

—¿Sí...? ¿Y se lo contó todo?

—¿Qué es todo?

—Ella salía algunas veces con Kimball, lo que no es extraño siendo como era su secretaria hasta que una noche... Bueno, creo que ocurrió algo en el coche y tuvo que regresar a pie a Filadelfia.

—Sé todo eso.

—¿Todo...?

—¿Hay algo más?

Se puso en pie y la imité por lo que los dos quedamos frente a frente, muy cerca el uno del otro, mirándonos fijamente, hasta que respondió:

—¿No se lo dijo ella?

—¿Qué es lo que tenía que decirme?

Vaciló unos segundos y luego replicó:

—Puede hacer dos cosas, pesquisa; o preguntarle a Mónica o a la pequeña Stella. Ambas lo saben.

—A propósito de Stella —dije—, ¿qué relaciones la unen a un tal Lionel Barris?

Me miró suspicaz.

—Son dos buenos amigos.

—¿Nada más que amigos?

—Nada más, que yo sepa.

—Usted frecuenta el
Mario's
de la calle Santón, ¿verdad?

—Sí. ¿Hay algo de malo en eso?

—No. Por lo menos no lo creo —hice una pausa y pregunté—:
¿Conoce a una muchacha llamada Mary Jo Stevens?

—Sí. También era amiga de Kimball. Sé que le hizo promesas de sacarla del coro; de usar de toda su influencia para convertirla en estrella, pero fue otra de las promesas que no cumplió. El prometía mucho pero jamás daba nada, pesquisa.

—Me llamo Larry Porter —dije.

—De acuerdo, Larry —sonrió una vez más y preguntó—:
¿Alguna otra cosa?

—Sobre Mary Jo, ¿qué sabe además de sus relaciones con Kimball Perkins?

—Le gusta jugar. Ruleta, dados,
fan-fan...

Creo, según oídas, que de vez en cuando, cuando termina su actuación en el club, gusta de darse una vuelta por los garitos. Unas veces gana y otras pierde... y nada más, que yo sepa.

—¿Algún hombre?

—¿Intimo?

—No era eso.

—Desde luego, no. Sé que Kimball trató de conseguirla pero no pudo. Es, al decir de algunos, una buena muchacha. Una mestiza si quiere, pero yo no tengo prejuicios.

—No obstante, Kimball dijo en su nove...

—No haga mucho caso de lo que él pudiera decir. Mentía con tanta facilidad como escribía cualquiera de sus noveluchas.

—¿Mintió al tratar de usted?

Me miró con el diablo de la burla asomando en lo más profundo de sus hermosas pupilas.

—Sólo en parte, pesquisa.

—¿En qué parte?

—En la más esencial —dijo fríamente y con toda desfachatez—. Se quedó corto al afirmar que me gustan los hombres. Es cierto, pero mucho más de lo que él pudiera imaginar. Incluso usted, Porter.

Se volvió hacia la puerta y entonces dije:

—Espero que me dé ocasión de comprobar eso, *mistress* Sullivan.

Ladeó la altiva cabeza para mirarme.

—Llámemme cualquier día de éstos, querido.

Abandonó el bar, me dejó caer en la silla, hice una seña al barman y pedí un nuevo *whisky*.

Bebí y fumé en solitario por espacio de un par de horas y a continuación salí a la calle. Sesenta y cinco minutos más tarde me encontraba en el ascensor camino de mi despacho.

El pasillo.

Entonces la vi, justo en el momento en que se volvía para salir y al verme me sonrió.

—Acabo de llegar pero al ver que esto estaba cerrado me marchaba ahora, pesquisa.

No respondí, me acerqué a la puerta, la abrí, me aparté a un lado y ella cruzó el umbral.

No usaba minifalda pero los cortísimos *shorts* que llevaba causaban más efecto que aquélla.

No esperó a que se lo indicara sino que tomó asiento en uno de los sillones, cabalgó una pierna sobre la otra y pidió:

—¿Tiene un cigarrillo, Larry?

Saqué el paquete, le di uno pero al ir a darle fuego, al inclinarme sobre ella, sentí la perentoria necesidad de besarla y lo hice.

No dijo nada, se limitó a devolvérmelo en silencio, suavemente y luego lo encendió. Cuando lo hizo yo ya me encontraba al otro lado de la mesa, observándola calladamente, hasta que pregunté:

—¿Y bien, Stella?

—Pasaba por aquí y decidí subir a verle. Se fue muy pronto de la quinta, y sin despedirse de mí.

—Tenía prisa —dije.

—Sí, claro, es lo que supuse —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Algo nuevo respecto al asesinato de mi hermano?

—Estoy investigando —respondí.

—Sí, ya lo sé, pero...

La interrumpí con una pregunta:

—Respecto a *miss* Mónica Dale, ¿qué puede decirme?

—Pues... ¿A qué se refiere?

—A los motivos que usted misma pueda tener para... para...
Vino en mi ayuda con una sonrisa.

—Para que comparta la quinta conmigo, ¿no?

—Sí, así es.

—Ahora trabaja para mí, querido.

—¿Sí...? ¿En qué?

—Es mi secretaria.

Arqueeé una ceja mirándola con asombro.

—¡No me diga! —exclamé—. ¿Tanto trabajo tiene usted que necesita una se...?

—Así es, Larry, y le digo la verdad.

Vacilé unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—Me gustaría que me dijera una cosa, Stella; las relaciones que unían a *miss* Dale con su hermano. Sólo las que suele haber entre jefe y secretaria, ¿o había algo más?

Respondió con otra pregunta:

—¿No se lo dijo ella?

—Sí.

—En ese caso...

—Quiero que me lo diga usted.

Vaciló un poco y a continuación respondió:

—Las usuales entre jefe y empleada, ¿comprende?

Ahora el que vaciló otro poco fui yo, y acto seguido formulé una nueva pregunta:

—No obstante, una noche, en el coche... ¿Qué fue lo que ocurrió en realidad, Stella?

—Nada. Un incidente que no tuvo trascendencia alguna.

Cambié de conversación tratando de cogerla en un renuncio, exactamente como si sospechara que fue ella la asesina de su propio hermano y no otra persona cualquiera, y pregunté:

—¿Por qué me mintió respecto a usted misma y a *míster* Lionel Barris? Fue un drogadicto hasta hace poco, ¿no? Y sin embargo, usted y él... creo que...

—No se esfuerce que le comprendo perfectamente, pesquisita —respondió atajándose, con aterradora frialdad.

—¿Y...?

—No hay nada de lo que está pensando, y tampoco voy a

repetírselo otra vez, ¿entiende?

No respondí.

No era conveniente terminar con ella así, de sopetón, y por otra parte tampoco sabía si Chasse llevaba o no razón.

No hasta que no lo comprobara, si podía.

Chasse al que no había visto desde no sabía cuántas horas y al que no esperaba ver por lo menos hasta que terminara todo aquello.

Fue Stella la que rompió el silencio.

—Creo, pesquisa, que no se perdería nada si me invitara a comer, ¿no?

Consulté el reloj y pregunté:

—¿A pesar de Barris?

—Lionel no cuenta en este momento —respondió.

Llevaba razón, no contaba, por lo menos para mí, ni en aquél ni en ningún otro. Por otra parte era bastante tarde y ya que *miss* Sullivan y yo no lo habíamos hecho a pesar de la predicción de Mary Jo, me puse en pie.

—Vámonos —dije.

Me imitó, rodeé la mesa a la inversa después de tomar la americana y la prendí del brazo a la altura del codo.

No protestó, se dejó conducir en silencio hasta la calle y de allí al restaurante donde acostumbraba a ir.

Mediábamos la comida cuando pregunté:

—La verdad, Stella, ¿qué sabe en realidad de Joe Sullivan?

—Es un hombre al parecer apocado e imbécil, pero eso, a pesar de lo que dijera mi hermano, no corresponde a la realidad ni mucho menos.

Era de la misma opinión por lo que respondí con una nueva pregunta:

—¿Le cree capaz de matar?

Vi cómo se sobresaltaba y esperé.

Fueron unos segundos en que el silencio reinante entre los dos, después de mis palabras, se espesó de tal modo que incluso contuvimos la respiración.

Estoy seguro de ello. Hasta que lo rompió:

—Todos teníamos motivos para hacerlo, pesquisa, incluso yo como ya le dije en una ocasión.

—¿Y lo hizo usted, Stella?

Me sonrió a través de la mesa.

—Desde Caín que mató a Abel —dijo suavemente—, no es la primera persona que mata a un hermano pero yo no lo hice. Ciertamente que salgo con algún hombre que otro, incluso con Lionel Barris como ya sabe y que mi hermano publicó en su novela cosas que no corresponden a la realidad ni mucho menos, pero a pesar de eso, no le maté. No hubiera podido hacerlo.

—¿Y Mónica Dale, Stella?

Arqueó una ceja.

—¿Por qué ella precisamente?

—Es una posibilidad.

—¿Por qué? —repitió.

—Si usted no me lo dice...

—¿Se está refiriendo a aquella noche, pesquisa?

—Sí, claro, a no ser que me diga en qué empleó el tiempo el día en que Kimball murió.

—Olvídese de aquella noche, Porter —replicó—. Mónica nada tuvo que ver en su asesinato.

—¿Cómo está tan segura?

—Conozco a Mónica.

Era toda una respuesta, para ella desde luego, pero nunca para mí, y no obstante no insistí.

Mónica y yo tendríamos una nueva conversación, de eso no tenía ni la más ligera duda, y ya veríamos después.

Otra con Barris y posiblemente con el marido de Nora.

Un tipo que se drogaba, que salía con la mujer que frente a mí continuaba comiendo, tratando al mismo tiempo de no perderme de vista ni por un segundo; Mary Jo a la que le gustaba jugar en algunos de los garitos de Filadelfia... y, sobre todo, Joe Sullivan.

Un imbécil, pero que trató de golpearme cuando fui a verle y luego se encaminó al precinto de policía más cercano acusándome de algo que no era cierto.

Un imbécil un tanto sospechoso.

Nora Sullivan con la cabeza llena de pájaros y la petición de que la telefonara para concertar una cita con ella.

Lo haría, desde luego, pero no por lo que ella pudiera creer, ni mucho menos.

¡Cuernos!, incluso la propia Stella podía haberlo hecho.

También Mary Jo, pero no por los motivos que cualquier hombre pudiera creer. Yo tenía razones sobradas para creerlo así.

—Se ha quedado muy callado, pesquisa. ¿En qué piensa?

La miré.

Me estaba sonriendo.

—En todo esto —declaré sin mentir—. Es un embrollo. Si por lo menos supiéramos algo más...

—¿De qué? —preguntó al ver que me interrumpía.

—De su hermano... —vacilé un poco y añadí—: Pero que fuera verdad. Usted, Stella, en eso, podría ayudarme si quisiera.

Me miró con asombro.

—¿Yo...? Respecto a él, creo que le dije todo lo que sabía.

—Excepto una cosa.

—¿Y es...?

—Si en su vida había una mujer. Una fija.

Encogió levemente los hombros.

—Mi hermano, aunque no lo crea, no solía contarme sus intimidades, Larry.

No respondí.

Era tonto hacerlo, ya que por muchas vueltas que le daba al asunto, siempre regresaba al mismo lugar.

Era... un círculo cerrado en el que no había entrada y por lo tanto salida.

CAPÍTULO V

Detuve el coche entre otros dos, justamente en la esquina. Diez minutos para las tres. Las dos y cincuenta.

Encendí un cigarrillo y una vez más empecé a pensar y también, por una vez más, los nombres de Mónica Dale y Stella saltaron a mi mente en primer lugar, pero no estaba allí para ver a ninguna de ellas.

Aquella noche, mi objetivo era Mary Jo.

La vi justamente a las tres y diez, con uno de esos abrigos a la última moda; por tanto, largo hasta los pies, y blanco.

La miré.

El negro pelo en tirabuzones, un collar en la morena garganta y los largos pendientes que brillaban como perlas.

¿Buenos o bisutería?

Sin saber por qué, supe que lo primero era lo cierto y continué mirándola a medida que se acercaba al negro convertible estacionado a menos de diez yardas del lugar en que me encontraba.

Mary Jo abrió la portezuela y al entrar en el automóvil vi que bajo el largo abrigo de entretiempo llevaba minifalda.

Una de las más cortas que yo había visto.

Era como si en vez de pertenecerle a ella, se la hubiera pedido prestada a su hermana más pequeña.

Arrancó y me dispuse a seguirla.

Lo hice por espacio de más de veinte minutos, al cabo de los cuales solté una maldición al darme cuenta de cuál era la dirección que tomaba, pero aun así continué tras ella por si cambiaba de pensamiento mientras me preguntaba si es que se había dado cuenta de que la estaba siguiendo.

No cambió de parecer.

Condujo hasta la enrejada puerta que daba acceso a la escalera

del edificio de apartamentos donde yo tenía el mío y su larga y bien torneada pierna, desnuda, apareció a la luz de las lámparas del alumbrado tan pronto como abrió la portezuela y abandonó el «Lancia» que conducía y saltó a la acera.

Se acercó a la puerta en tanto que yo detenía el mío a pocas yardas.

La tanteó con la enguantada mano, vaciló, la levantó en dirección al botón que, pulsándolo, haría sonar el timbre en mi apartamento y luego, cuando menos lo esperaba, dejó caer el brazo a lo largo del cuerpo, se volvió en redondo y avanzó hacia el «Lancia».

La llamé:

—Mary Jo.

Dio media vuelta y me enfrentó.

—Larry...

Casi no la oí pronunciar mi nombre, pero daba lo mismo.

Abandoné el coche y me acerqué para a continuación prenderla con dos dedos de la barbilla y abrió los labios para aceptar y devolver la caricia. Al terminar pregunté:

—¿Subes conmigo?

Sin responder se acercó a la puerta, que abrí, y entramos los dos.

Le indiqué que se sentara cuando nos encontramos en el interior de mi apartamento, en el *living*, y antes de que pudiera preguntarle o simplemente decirle algo, habló mirándome fijamente a los ojos:

—Creo, Larry, que me voy a venir aquí contigo... si tú... si tú...

Se interrumpió, esperando.

Respondí, pero indudablemente no era eso lo que esperaba:

—¿Por qué no llamaste?

—¿Me viste?

—Sí.

—No quise molestarte. Repentinamente me dije que era muy posible que estuvieras durmiendo y... Bueno, te encontrabas a mi espalda.

Hubo una pausa, que aproveché para preparar un par de *whiskys*, y pregunté tan pronto como le entregué uno de los vasos:

—¿Vas a quedarte?

Me miró por encima del borde del cristal.

—Sí, si es lo que deseas.

No respondí y bebimos en silencio.

Chasse Donovan, de Homicidios, me estaba esperando a la mañana del día siguiente tan pronto como llegué a mi oficina, con cara de aburrimiento, pero a pesar de ello, sé que fruncí el ceño tan pronto como le vi.

—Hola, pesquiza —saludó sin hacer caso de mi expresión a pesar de haberse dado cuenta—. ¿De dónde sales a estas horas? Son casi las once y treinta. Un poco tarde para empezar a trabajar, ¿no?

Pensé en Mary Jo cuando respondí:

—¿Algo nuevo, polizonte?

—No. Por lo menos, no mucho. Esto es un círculo cerrado... Pero, vamos, pasa.

Abrí la puerta y entramos.

Mi despacho.

Nos sentamos allí.

—¿Y bien...?

Me encogí de hombros.

—Nada nuevo, Chasse, y es la verdad.

Me miró atentamente y empezó:

—Esa muchacha, Mary Jo Stivens... Fui a verla, ¿sabes? A su apartamento y luego al Mario's.

No la encontré.

—¿Y...?

—Tengo que hablar con ella, ¿comprendes?

—Sí, claro.

—Tú sabes dónde está, ¿no?

—Esta tarde... espero que esté actuando en el club.

—¿Sólo lo esperas?

—Por lo menos, ésa es la impresión que tengo, Chasse.

No respondió en unos segundos, al cabo de los cuales dijo exactamente:

—Hay quién afirma que la han visto en tu compañía, Larry.

—¿Y eso es algo malo?

—No, si la mujer de marras no está complicada en un asesinato, y tú lo sabes.

—¿Acaso sospechas de ella? Si es así, Chasse...

Me interrumpió con un gesto de su mano y respondió:

—Sospecho de todo el mundo que de un modo u otro esté relacionado con la muerte de Kimball Perkins. Incluso de su hermana —hizo una pausa e inquirió mucho antes de que lograra interrumpirle—: ¿Qué hay de *miss* Stevens?

—Pasó la noche en mi apartamento, conmigo, teniente —dije—. Si se te ocurre buscarla una vez más en el

Mario's

y no la encuentras, ve allí que serás bien recibido.

Arqueó una de sus pobladas cejas, pero no dijo nada en contra de lo que esperaba.

—¿No me estás ocultando algo, pesquisa? —preguntó al cabo de unos segundos de silencio.

Le miré con asombro, cosa que no causó mella alguna en él.

—No —respondí—, y te digo la verdad. Además, ¿qué es lo que podía ocultarte?

—La identidad del posible asesino de Kimball, Larry.

Me dejó frío, hasta que reaccioné.

—Si estás pensando en Mary...

—¡No estoy pensando en ella, muchacho! —me interrumpió—. No en este momento, pero tu amante sabe del asunto mucho más que nos ha dicho a nosotros y si no me estás mintiendo y por tanto me apuras demasiado, bastante más quizá de lo que te haya dicho a ti mismo.

—¿Cómo estás tan seguro, Chasse?

—Es... Interrógala a fondo y luego cuéntame el resultado. Era muy amiga de Kimball e incluso en el

Mario's,

la mayoría de los que la conocen, están convencidos que sostenía un *affaire* con ese escritorzuelo.

—La mayoría se equivoca, polizonte.

—Ruega porque sea verdad, muchacho. El obstaculizar la labor de la policía, también se pena en este estado. No lo olvides, y sentiría que por esa hermosas muchacha tú y yo... tú...

—No te esfuerces, que te entiendo, pero no hay nada de eso. No, por lo menos que yo sepa.

—Ojalá sea verdad, Larry.

Se puso en pie y en aquel momento supe que sólo había venido a

aquello; a ponerme en guardia a causa de Mary Jo, porque él ya sabía todo lo ocurrido entre los dos.

Pregunté de modo innecesario:

—¿Ya te marchas, Chasse?

—Sí —se rascó la nuca pensativamente y añadió—. La verdad es que este asunto me trae de cabeza. Un móvil es lo que siempre buscamos, un motivo si tú quieres, y aquí todos lo tenían. Todos sus conocidos le odiaban y cualquiera de ellos pudo hacerlo. Cualquiera...

Llevaba razón, por lo que no repliqué.

Caminó hacia la puerta y desde allí se volvió a mirarme.

—Salúdala en mi nombre tan pronto como la veas, muchacho —dijo un segundo antes de cruzarla cerrando a su espalda, por lo que quedé solo.

Fue entonces cuando abrí el cajón central de mi mesa despacho, tomé la botella de *whisky*, bebí directamente de su cuello y la deposité frente a mí.

Iba por el tercer trago cuando entró.

Y al instante mis ojos fueron hacia el perchero donde se encontraba la americana y la pistola con la funda y las correíllas y al seguir la dirección de mi mirada empezó a hablar:

—No traigo arma alguna, míster Porter. Por tanto, si no lo desea, no se mueva del lugar donde se encuentra sentado.

No lo hice.

Permanecí mirándole fijamente, hasta que dio unos cuantos pasos y se acercó a la mesa.

—¿Puedo sentarme?

Con un ademán, y sin pronunciar palabra, le indiqué uno de los sillones y esperé.

Tardó varios segundos en decidirse, pero por fin lo soltó, y fue formulando una pregunta que me sorprendió por lo inesperada:

—¿Cómo le vendrían a usted quince mil dólares, míster Porter?

Arqueé una ceja.

—Como a cualquiera —respondí cautamente—. ¿Acaso me los ofrece usted?

Introdujo la mano en el bolsillo de la americana, extrajo el paquete de cigarrillos, que me lanzó a través de la mesa, y como era tonto no aceptar el ofrecimiento tomé uno, le devolví el paquete por

el mismo procedimiento y le prendí fuego.

Joe Sullivan hizo lo propio, se envolvió en una olorosa nube de humo azul y entonces respondió:

—Así es. Quince mil dólares, y es un buen precio, pesquisa.

—¿Un buen precio...? ¿Para qué?

—Creí que lo había comprendido —respondió sin una sola pausa.

—Pues, no. Tal vez sea un retrasado mental, pero no lo comprendo —contesté en tanto que en mi mente se iba abriendo paso una extraña idea.

Supe que no me equivocaba tres o cuatro segundos más tarde.

—Quince de los grandes y se olvida de que en Filadelfia existió un hombre llamado Kimball Perkins. ¿Qué le parece?

Me parecía de perlas, pero deseaba algo más, algo que no decía y que yo quería saber.

—Explíquese, ¿quiere?

Hizo una mueca.

—Si le dijera eso, pesquisa —respondió suavemente—, sabría tanto como yo.

Me sentí sarcástico cuando pregunté:

—¿Le hizo el mismo ofrecimiento al teniente Chasse Donovan, míster Sullivan?

No se desconcertó por mi pregunta; ni siquiera cambió de expresión, se limitó a responder en el mismo tono anterior:

—La policía es estúpida, Porter. No merece la pena tratar de hacerlo. No me comprendería.

—¿Y yo sí?

Aplastó la punta del cigarrillo contra el cenicero antes de responder:

—Quizá tampoco, lo que voy a lamentar.

No respondí de momento, pensaba, y al cabo de varios segundos de silencio, tradujo, parte de mis pensamientos en una pregunta:

—¿Por qué no me dice el motivo que tiene para hacerme ese ofrecimiento, míster Sullivan? Si lo hace, tal vez nos pongamos de acuerdo.

Se levantó del sillón que ocupaba, se acercó más a la mesa y se inclinó sobre mí.

—Tómelo o déjelo —dijo fríamente—. Tiene cinco segundos

para responder. Con quince mil dólares y una muchacha como Mary Jo se pueden hacer muchas cosas fuera de Filadelfia. Tómela del brazo y lárguese con ella de vacaciones por una temporada, Porter. ¿Qué responde?

Había muchas cosas que contestar, empezando por la propia Mary Jo, pero aquello lo dejé a un lado, por el momento, y pregunté:

—No será a causa de *mistress* Sullivan, ¿verdad?

—¿Quién diablos le ha metido eso en la cabeza, pesquisa?

—Estuve hablando con ella y sé positivamente que usted me mintió, ¿comprende? *Mistress* Sullivan no pasó la noche en su casa sino fuera. ¿Dónde?

Sus ojos se helaron.

—Si ella dijo eso... mintió... o tal vez el que mienta es usted, Porter. Sé toda clase de marrullerías, de las marrullerías a las que los pesquisas están acostumbrados.

—¿Acaso porque puso alguno tras los pasos de *mistress* Sullivan? —pregunté en tono inocente.

Maldijo entre dientes y me vanaglorié de haber roto por segunda vez en pocas horas la máscara de hombre estúpido que el propio Kimball Perkins le pusiera, pero no ocurrió nada de lo que esperaba.

No hizo un solo movimiento agresivo, no se movió, simplemente me miraba fijamente, y entonces formulé una pregunta que daba de lado a todo aquello, también por el momento.

—¿Por qué me dijo eso respecto a *miss* Mary Jo Stivens, míster Sullivan?

—Alguien la vio entrar anoche con usted, en su apartamento, y ya no salió.

—¿Quién?

—Eso tendrá que averiguarlo por otro conducto si desea saberlo, pesquisa.

—Correcto, no me preocupa quién se lo dijera, ya que es verdad

—dije—. Y ahora quedan pendientes los quince mil dólares. ¿Sería capaz de repetir esa proposición en presencia del teniente Donovan?

Le vi sonreír.

—Dígale una palabra al respecto y formularé una acusación formal contra usted por difamación, Porter.

Me puse en pie y rodeé la mesa.

—Salga y no vuelva por aquí, Sullivan, ¿comprende? No voy a dejar el caso... y mucho menos ahora que tengo la certeza de que fue su esposa quien mató a Perkins y usted lo sabe. La está encubriendo, y voy a intentar hacerles pasar un mal rato a los dos. ¡Tiene mi palabra de que va a ser así, Sullivan!

No respondió, dio media vuelta y abandonó el despacho y con aquello el apartamento donde lo tenía instalado.

Me dejé caer en el sillón y una vez más tomé la botella de *whisky* para beber. Joe Sullivan y la certeza que tenía de que Mora había sido la asesina de Perkins.

Mónica Dale, lo ocurrido en el coche entre Perkins y Stella. Lionel Barris y Stella, sin descontar a Mary Jo.

Y las palabras del teniente Donovan respecto a la última.

Todo giraba alrededor de un mismo punto, absolutamente todo, pero ¿quién?

Recordando una vez más a Donovan, sentí tentaciones de reír. Estaba seguro de que el teniente tenía la certeza de que yo conocía al asesino y nada más lejos de la realidad.

Stella, Mónica y Perkins.

Barris por una parte y Sullivan por otra.

El segundo también pudo hacerlo por causa de Nora, de las relaciones que Nora hubiera podido tener con Perkins, y me dije que merecía la pena investigar aquello a fondo.

Mónica y el coche.

¿Un buen motivo...?

No lo era tanto por un paseo a pie y más teniendo en cuenta que ella, después de aquello, había continuado trabajando para él como ahora lo hacía para Stella, si es que esta última no me había mentido al afirmarlo así.

Por segunda vez tomé la botella y bebí, luego la guardé en el cajón, me puse en pie, tomé la funda con las correíllas y la automática, me las coloqué, la americana, y salí a la calle.

Y también una vez más desde que empezara todo aquello tomé el volante del coche y por segunda vez conduje hacia la quinta de Stella Perkins.

A mi izquierda, según la dirección que llevaba, la alegría y el bullicio de Filadelfia, las luces multicolores de su alumbrado, de sus anuncios luminosos que se iban encendiendo a medida que las

sombras de la noche empezaban a caer sobre la urbe.

Vi la quinta bastante antes de llegar, exactamente como la primera y única vez que fui allí, algunas de cuyas ventanas se encontraban iluminadas, y me pregunté si Stella se encontraría allí o en Filadelfia.

Detuve el coche frente a la puerta principal, junto a los escalones de mármol, descendí y ya frente al botón del timbre levanté la mano y llamé.

Treinta segundos y vi a la doncella enmarcada en el umbral.

—¿Sí...?

—Me llamo Porter y deseo ver a *miss* Mónica Dale —dije—. Es amiga mía.

Deseaba que se encontrara en bikini, pero no fue así.

Lo supe cinco minutos más tarde cuando la vi aparecer frente a mi procedente de una de las cinco puertas que se veían a uno y otro extremo del inmenso *hall* donde me encontraba sentado, y me puse en pie para recibirla.

Sonreía cuando me tendió la mano, que estreché.

—Hola, pesquisa —dijo—. ¿A qué se debe esta visita? ¿Más preguntas?

—Quizá —dije.

—Creo... creo que no podrá ser.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo me disponía a salir. Voy a Filadelfia, donde pasaré la noche.

—¿Dónde?

—En mi apartamento. Para que lo sepa, entrometido, tengo uno en Walnut Street.

—Y yo el coche, ahí, frente a la puerta. Si quiere, puedo llevarla. Su sonrisa se amplió.

—Es usted terrible —dijo—. ¿Y después...?

—Podemos ir a tomar unas copas... por ahí... a cenar... y a bailar. ¿Qué le parece el Mario's?

—Es un buen lugar —me miró pensativamente, pero no pronunció la pregunta que esperaba, aunque sí formuló otra—: ¿Y más tarde, pesquisa?

—Podemos visitar su apartamento, querida —dije—. Siento

curiosidad por saber cómo vive usted en la intimidad.

—De acuerdo con todo el programa —respondió ante mi estupor, me prendió del brazo y añadió—: Vámonos que se está haciendo tarde.

Salimos.

El coche, empuñé el volante para no perder la costumbre y admiré su minifalda cuando aquélla se le subió mucho más arriba de medio muslo.

Y tenía unas piernas magníficas, cosa que ya sabía desde el mismo día en que la viera en bikini a la orilla de la piscina.

Di al encendido, arranqué y alcanzamos la carretera en silencio. Que Mónica rompió unos minutos más tarde.

—Y bien, pesquisa —dijo—, ¿eran ésas las preguntas que deseaba hacerme? ¡Pero si aún no ha abierto la boca! ¿O se emocionó tanto cuando le invité a mi apartamento que le hice perder el aliento para toda la noche? Si es así, voy a retirar la...

La interrumpí:

—¿Por qué no me cuenta por segunda vez lo ocurrido aquella noche entre Perkins y usted, Mónica?

Achicó los ojos.

—¿Algún motivo especial para que deba repetirlo, Larry?

—Sí.

—¿Y es...?

—Sé que me mintió, querida.

Se hizo un largo silencio entre los dos, que Mónica cortó:

—¿Quién le dijo eso, pesquisa?

—Pongamos que hoy mismo, en mi oficina, la propia *miss* Perkins. Vino a verme. Deseaba saber cosas... y terminó por contarme otras.

Desvió los ojos de mi perfil y miró por la ventanilla, hacia las luces de la ciudad que cada vez se encontraban más cerca de nosotros y respondió sin mirarme y con la voz ligeramente ronca:

—Ocurrió algo, ¿comprende? Algo que era un buen motivo para matar... pero... busque por otro lado, querido.

—¿Puso el hecho en manos de la policía?

—No.

—¿Por qué?

Dudó, y su silencio duró tanto que ya creía que no respondería a

mi pregunta cuando lo hizo:

—Me amenazó con despedirme, pero eso no fue todo. No había testigos, querido, y en un proceso era su palabra contra la mía... conjuntamente con sus dólares. También estaba su pluma. Me hubiera hundido definitivamente y estaba seguro de que yo sabía que podía hacerlo.

—¿Qué ocurrió después?

—Nada. Continué trabajando para él... y ya no volvió a molestarme, ni yo a salir en su compañía. No me lo pidió, pero en el caso de hacerlo, jamás hubiera aceptado.

No respondí.

Estábamos entrando en Filadelfia y centré toda mi atención en el intenso tráfico.

No tomamos ninguna copa en bar alguno, pues conduje directamente hasta el

Mario's,

en cuya playa de estacionamiento busqué un hueco y descendimos.

Se me colgó del brazo y de este modo entramos en el club nocturno.

Mary Jo y tres muchachas más se encontraban en la pista, por lo que casi sin dirección, a remolque de Mónica, alcancé una de las mesas y sin apenas darme cuenta de nada, me encontré sentado frente a un vaso de *whisky*.

Sólo recobré la conciencia de todo cuando las luces cambiaron de color y las cuatro se retiraron hacia los cortinajes entre una nube de aplausos y mi acompañante dijo:

—Es muy hermosa, ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó.

—Esa muchacha mestiza. Mary Jo. Usted dijo que la conocía, ¿no?

—Un poco —mentí con aplomo—. ¿Qué sabe de ella?

—Nada más de lo que ya le dije al respecto, como recordará.

Miré la mesa.

¿Brujería...? No lo sabía, pero frente a Mónica había un «Manhattan» con hielo. Me puse en pie.

—¿Bailamos?

Me imitó y del brazo la llevé a la encerada pista donde varias parejas más empezaban a danzar la pieza que el conjunto negro

empezaba a interpretar en aquel momento.

En silencio, estrechamente abrazados, sumidos en nuestros propios pensamientos, hasta que en una de las vueltas les vi.

Sentados en una de las mesas, charlando, al parecer amigablemente, y fruncí el ceño.

Que Lionel Barris se encontrara aquella noche en el Mario's

no tenía nada de extraño, pero que lo hiciera acompañado de la bella Nora Sullivan, no me cabía en la cabeza estando por medio una mujer como Stella Perkins.

Los cabellos de Mónica me rozaban la mejilla e incliné un poco la cabeza para mirarla. Vi sus ojos y sus rojos labios, su sonrisa, y me incliné más. Los abrió entrecerrándolos y correspondió a la caricia cuando la besé.

Al terminar, formulé una pregunta:

—¿Sabe quién está aquí?

Sin mirar alrededor, respondió:

—Apuesto a que es Stella.

—Perdería, Mónica —repliqué.

—¿Sí...? Entonces...

—Se trata de Lionel Barris —interrumpí—, en compañía de una bella dama.

Miró alrededor y, al fijar de nuevo sus ojos en los míos, comentó:

—Eso no va a gustarle a Stella.

—¿No...? ¿Por qué?

Le miró de hito en hito.

—Bueno, Stella sale mucho con míster Barris...

—Eso ya lo sé, pero ella niega toda relación con él, por lo menos íntima.

—Quizá no la haya de ese modo, pero sé que Stella lo ama a pesar de todo.

—¿Qué quiere decir con eso de «a pesar de todo», querida?

Me sonrió.

—Drogas, Larry —dijo—. Supongo que ya lo sabrá, pero si no es así... Bueno, usted leyó el libro. En eso, Kimball no mintió. Era fumador de marihuana, ¿comprende? Luego... dicen que se curó. Todo eso lo sabe Stella y, a pesar de ello, salen juntos a todas partes

y...

—Kimball dijo que eran amantes y que Stella tenía los cascotes ligeros.

—Mintió. Kimball odiaba a todo el mundo lo mismo que él era odiado por todos. Le mataron, y para mí, y tal vez para todos los demás, bien muerto está.

—¿Stella piensa del mismo modo? —pregunté.

—Ésa es una pregunta que jamás me atrevería a hacerle.

—Y usted, Mónica, ¿qué trabajo hace para ella?

—Correspondencia comercial, entre otras cosas —respondió.

En aquel momento terminó el bailable y, rodeando su cintura con mi brazo, la llevé a la mesa sin que protestara por mi confianza.

Se sentó, pero permaneció con los ojos fijos en los míos, hasta que dije:

—Si no le molesta, Mónica, voy a presentarle mis respetos a una dama.

Vi el humor brillando en sus magníficos ojos y la sonrisa en sus labios.

—Daría cualquier cosa por no perderme eso, querido —dijo.

—Ya pagó el precio —dije aludiendo al beso que me diera cuando nos encontrábamos bailando; le tendí la mano y añadí—: Vamos, muchacha, venga conmigo.

Se puso en pie y ambos, el uno junto al otro, atravesando por entre las mesas, nos acercamos a aquella otra justo en el momento en que Nora Sullivan volvió la cabeza y nos vio.

Creo que ambos nos dimos cuenta de su sobresalto y luego, en una brusca transición, nos sonrió.

—Buenas noches, *mistress* Sullivan... mister Barris... —saludé—. ¿Puedo saber qué hacen ambos esta noche en el Mario's?

¿Conspirando para un nuevo asesinato?

El rostro de Nora palideció mientras que las venas del cuello de Barris se hinchaban.

—Eso no ha tenido gracia, Porter —indicó ella en tanto que Barris, a pesar de su expresión, daba la callada por respuesta—. ¿Se sientan?

Lo hicimos y entre los cuatro se hizo el silencio, hasta que lo rompí:

—Dígame una cosa, *mistress* Sullivan, ¿sabe que su esposo vino a verme a la oficina?

Se puso en guardia.

A la izquierda de Mónica, Barris nos miraba alternativamente.

—¿Sí...? ¿Y para qué?

—Me ofreció quince de los grandes para que abandonara el caso. Para que me llevara de aquí a Mary Jo... de vacaciones por una temporada. ¿Qué le parece?

Hubo una nueva pausa y contestó:

—Que no lo entiendo. ¿Por qué lo haría?

Respondí con otra pregunta:

—¿No lo sabe usted, *mistress* Sullivan?

—No. ¿Cómo quiere que lo sepa... a no ser que usted me lo diga?

—Lo haré entonces —dejé transcurrir unos segundos de silencio y proseguí—: Míster Sullivan, su esposo, siente temor. Está convencido de que fue usted la que mató a Kimball Perkins.

—¡Porter! ¿De dónde diablos sacó una idea tan descabellada como ésa?

—¿Yo...? Según tengo entendido, fue míster Sullivan el que... el que... ¿Dónde se encontraba, *mistress* Sullivan, aquel día? ¿Me lo quiere decir?

El silencio que siguió a mi pregunta se hizo espeso.

CAPÍTULO VI

Lo rompió Barns con una pregunta:

—¿Por qué no deja de molestar y se larga con viento fresco por ahí, Porter?

—Porque antes deseo que *mistress* Sullivan responda a mi pregunta... a no ser que usted y ella estuvieran juntos. ¿Puede jurarlo?

Se puso en pie casi de un salto.

—Es usted un maldito...

Nora fue la que le interrumpió en tanto que a nuestro lado y, a juzgar por la expresión de sus ojos, Mónica se divertía de lo lindo.

—Siéntate, Lionel —dijo—, vas a empezar a llamar la atención.

—¡Pero qué cuernos...!

Nora le lanzó una venenosa mirada.

—¿No crees que sería mucho mejor que hablaras de otro modo, querido? —Y añadió dirigiéndose a mí mientras él se sentaba—: A esa pregunta, pesquisa, debo decirle que no deseo contestar. Ahora, si tiene algo en mi contra, póngase en contacto con el Departamento de Homicidios, y ya veremos.

—¿Eso es todo, *mistress* Sullivan? —pregunté fríamente.

—Así es, pesquisa. ¡Ah!, deje de molestarme, o la que irá con la queja a la policía seré yo.

—¿Y les dirá cuáles son las sospechas de su propio marido con respecto a usted y en relación con el asesinato de Perkins? Si es así, adelante; espero su primer movimiento, y quizá el teniente Donovan también. Está deseando terminar con todo esto... caiga el que caiga, ¿comprende?

Me estaba mirando fijamente a los ojos desde mucho antes de que terminara de hablar y esperé su respuesta, que fue:

—Si no desea otra cosa, Porter, lárguese al infierno. Usted y ella —por Mónica, claro—, o no tendré más remedio que ser la que me

marche, en compañía de míster Barris.

No respondí en unos segundos; los que empleé para mirarles alternativamente, y luego dije:

—De acuerdo, *mistress* Sullivan. Ustedes dos ganan por ahora, pero nos volveremos a ver —miré a Barris y proseguí—: Espero tener una interesante conversación con Stella Perkins, respecto a este caso.

—Inténtelo, y más tarde ya veremos —replicó—. Por otra parte, entre *mistress* Sullivan y yo no hay nada de lo que está pensando, pesquisa. Nos tropezamos en la puerta del club y entramos juntos. Eso es todo.

—Queda algo más —repliqué.

—¿Y es...?

—Una noche en blanco. Toda noche... en el transcurso de la cual asesinaron a un hombre. ¿Lo comprende, Barris?

—Sí, pero ninguno de los dos...

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso? —pregunté.

—Eso sólo le importa a la policía, Porter.

—¿Y se lo explicó a ellos?

—Es algo que tampoco le interesa a usted, sino al Departamento de Homicidios.

—Lo que me hace suponer que ambos tienen una buena coartada. Tal vez una coartada con un buen motivo para ocultarla mediando entre los dos *miss* Perkins y míster Sullivan, ¿no?

Barris tardó exactamente tres segundos en responder.

—Escuche de una vez por todas, sucio —dijo suavemente—, si no se marcha ahora, voy a levantarme de la mesa y a pesar de *mistress* Sullivan...

Levanté la mano en señal de paz y miré a Mónica. Sus ojos chispeaban divertidos.

—¿Nos vamos? —preguntó antes de que pudiera decirle nada.

—Sí, claro —me puse en pie—; le he tomado un repentino respeto a los puños de míster Barris.

Me acerqué a ella, le ofrecí el brazo, se colgó de él, y ladeé la cabeza para mirarles.

—Nos volveremos a ver, *mistress* Sullivan —dije—. Siento curiosidad por algunas cosas.

Ninguno de los dos me respondió, por lo que volvimos a nuestra

mesa justo en el momento en que Mary Jo regresaba a la pista entre nubes de aplausos y en compañía de aquellas dos.

Por espacio de varios minutos, en el más completo silencio, Mónica y yo contemplamos sus evoluciones, hasta que lo rompió.

—Tal vez se sienta molesta, Larry —dijo.

—¿Quién va a sentirse molesta?

—Desde luego, me estoy refiriendo a esa muchacha. A Mary Jo, y usted ya lo sabía, pesquisa.

—Ella nada tiene que ver conmigo, querida.

No replicó.

Continuó con los ojos fijos en ella hasta que su actuación terminó y se retiró a los camerinos.

Al encenderse las luces, consultó el reloj.

—Se está haciendo muy tarde, querido —dijo—. ¿Nos vamos?

Miré el mío.

Las dos y veinte de la madrugada.

Mónica llevaba razón, por lo que con un ademán llamé a la muchacha que nos había servido la mesa, aboné el importe de las consumiciones, me puse en pie lanzando una mirada alrededor que abarcó por igual las mesas y la encerada pista, y fue entonces cuando me di cuenta de que ni Barris ni Nora se encontraban allí.

¿Cuándo se habían marchado? No lo sabía.

La mano de Mónica sobre mi brazo cortó el hilo de mis pensamientos.

—Vámonos, Larry.

No respondí.

Iniciamos la salida y, justo en aquel momento, una de las meseras dijo a nuestra espalda:

—¿Míster Porter...?

Nos volvimos a mirarla.

—¿Sí...? —inquirí.

—Mary Jo desea verle, si puede.

Fruncí el ceño y miré a Mónica.

Sus ojos y la expresión de su rostro eran impasibles.

—¿Me esperará? —pregunté—. Puede ser importante.

Me sonrió.

—Estaré en esa mesa —dijo señalando la que acabábamos de abandonar—. Pero no tarde. Estoy deseando irme a dormir.

Sin responder di media vuelta y precedí a la muchacha hasta el camerino que ocupaba Mary Jo.

Terminaba de colocarse las medias cuando entré y se me acercó con los negros ojos brillantes y una sonrisa en los labios.

—Hola, amor —dijo prendiéndome el cuello con los brazos—. ¿Me das un beso, o debo salir fuera para pedirle cuentas a tu hermosa acompañante?

La besé y por espacio de un largo minuto permanecimos estrechamente abrazados. Luego, pregunté:

—¿Y bien...?

—Ese teniente amigo tuyo... Donovan creo que se llama, ¿no? Ha estado aquí. Vino muy poco antes de mi primera actuación.

—¿Y...?

—Habló de algunas cosas. Entre otras, quiso saber qué clase de relaciones me unían a ti y desde cuándo y le dije la verdad. Me respondió que tratara de domarte... y que eras un buen muchacho.

Mentalmente se lo agradecí a Chasse, aunque en mi fuero interno sabía que no decía la verdad ni mucho menos.

—¿Algo más? —pregunté.

—Trató de sonsacarme respecto a Nora Sullivan y a Stella Perkins.

—¿Por qué precisamente de las dos, Mary Jo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

—¡Larry!

—¡Mary Jo! —me burlé, para añadir a continuación y con toda seriedad—: En concreto, ¿qué deseaba saber?

—Algunas cosas, Larry. Entre otras, si había alguna relación entre ellas.

—¿Qué clase de relación?

—No me lo dijo —frunció el ceño y añadió—: No lo sé, pero tengo la sospecha que quería preguntarme sobre las posibles relaciones que existían entre ellas y Lionel Barris, pero en última instancia cambió de parecer.

Trituré en mi mente aquellas palabras y finalmente pregunté:

—¿Te mencionó a Kimball Perkins?

—No. Ni una sola vez. Es decir, hizo mención a mis posibles relaciones con algún hombre que no fueras tú, pero no mencionó

nombre alguno.

La miré a los ojos y casi estoy seguro de que adivinó mi pregunta mucho antes de que la pronunciara, ya que antes Mary Jo añadió:

—¿Sí, Larry...?

—Dime una cosa, Mary Jo, ¿estuviste enamorada de Perkins?

—Me besó algunas veces... y se los devolví, pero amor... No, puedes estar seguro de que no.

—¿Algo más, muchacha?

—Donovan me dijo que si te veía esta noche, te pidiera que tuvieras mucho cuidado.

—¿Se refirió a algo en concreto?

—No —me miró pensativamente y preguntó—: Larry, tú ya sabes quién mató a Kimball, ¿verdad?

Hice una mueca y me volví en redondo hacia la puerta.

—Te equivocas —respondí con la mano en el tirador—. No lo sé y al paso que voy, quizá no lo sepa nunca. Buenas noches, Mary Jo.

—Vas con ella, ¿no?

Ella era indudablemente Mónica, por lo que respondí:

—Voy a acompañarla a su casa.

—¿Y vas a quedarte allí?

—Sí.

—¿Toda la noche?

—Eso, preciosa, es algo que no sé ni yo mismo.

No respondió, por lo que terminé de abrir, crucé el umbral y abandoné su camerino. Rumiaba aquella pequeña conversación cuando enfrenté a la que se estaba poniendo en pie abandonando la silla en que se encontraba sentada para en el acto y con la sonrisa en los labios salir a mi encuentro.

—¿Ya terminó la conferencia, pesquisa? —preguntó. Le devolví la sonrisa.

—¿Nos vamos? —Fue lo que contesté. Se colgó de mi brazo y salimos.

Conduje casi en silencio hasta Warwick Room y detuve el coche frente al número que ella me indicó.

Descendió la primera y lo hice unos segundos más tarde, para enfrentarnos sobre la calzada, pues abandonamos el coche por el lado opuesto al de la acera, lugar desde luego completamente

prohibido, pero no había ningún agente por los alrededores.

La ancha avenida, tanto por delante de nosotros como a nuestra espalda, fantásticamente iluminada, se encontraba completamente desierta.

—¿Sube? —preguntó Mónica rompiendo el silencio—. Usted dijo que sentía curiosidad por saber cómo vivía yo en la intimidad.

Era una oportunidad; toda una oportunidad y una hermosa aventura, pero las palabras de Mary Jo bailaban en el interior de mi mente.

—Es muy tarde, Mónica —dije—, y deseo descansar.

—Puede hacerlo en mi apartamento, pesquisa.

Inicié una sonrisa.

—¿Qué le parece mañana por la noche, querida? —pregunté.

—Mañana puede ser demasiado tarde.

Fui a contestar, luchando conmigo mismo entre aceptar o no, sin saber aún a ciencia cierta lo que decir, cuando vi el coche.

Apareció por la próxima bocacalle, con los faros completamente apagados, saliendo a espaldas de Mónica, que no se dio cuenta de nada a pesar de que el ruido de su motor, que ahora se lanzaba al máximo de revoluciones, llenaba nuestros oídos.

—¡Cuidado! —grité.

Y me lancé contra ella derribándola contra el bordillo de la acera, formando confuso montón conmigo mientras que el coche, un «Mercedes» pintado en negro, se perdía en la distancia sin luces de situación.

Bajo mi cuerpo, Mónica temblaba.

Me aparté y, sin pronunciar palabra, la ayudé a que se pusiera en pie.

—¿Qué...? ¿Qué fue eso, pesquisa?

—Un coche. El tipo conducía ebrio... o si no es así, estaba a punto de estarlo, querida —respondí.

Pero ni yo mismo creía en lo que estaba diciendo.

Por su parte, Mónica parecía haber perdido todo interés por mostrarme su apartamento, pues se apartó de mí sin pronunciar palabra y se acercó a la enrejada puerta que daba acceso al interior del edificio donde lo tenía instalado.

La abrió y se volvió a mirarme.

Al hacerlo, al observar sus ojos, fue cuando me pregunté si ella,

exactamente lo mismo que yo, sospechaba que el incidente no era ni más ni menos que un intento de asesinato en mi contra, y si sabría quién era el que conducía el «Mercedes».

—Buenas noches, pesquisa —dijo ofreciéndome los labios, que besé suavemente—. Espero que volvamos a vemos.

—¿Mañana noche? —pregunté.

Me sonrió.

—Le estaré esperando.

Esperé a que cruzara el umbral, a que cerrara a su espalda, y regresé al coche para conducir directamente hacía mi apartamento.

Me encaminé directamente al *living*, donde me preparé un *whisky* con soda y un par de cubitos de hielo y fui a sentarme en el sofá luego de haber apagado todas las luces excepto la que tenía a mi lado instalada sobre una mesita.

Una vez más rumiando las palabras que sostuviera con Mary Jo y sobre todo la recomendación de Donovan para que tuviera cuidado, seguida del atentado.

¿Qué sabía Chasse Donovan que no supiera yo en relación con el asesinato de Kimball Perkins?

¿Por qué fue a visitar a Mary Jo? ¿Qué le dijo la muchacha a él que no quiso decirme a mí?

Y sobre todo, ¿qué significado tenía el que Nora y Barris se presentaran en público a solas, mediando Stella y Joe Sullivan?

Y una coartada que ninguno de los dos deseaba explicar.

¿Por qué?

¿Por qué a pesar de Stella mantenían un *flirt* entre los dos y a espaldas de la muchacha? Y Stella, ¿lo sabía Stella?

Levanté el vaso y bebí hasta mediarlo, a continuación me puse en pie y fui a mi despacho, tomé la novela de Kimball y, pensando que quizá en su lectura se me pasara algo, regresé al *living*, me senté y empecé a leerla.

Me quedé dormido.

El timbre de la puerta de la calle me sobresaltó, abrí los ojos y maldiciendo entre dientes crucé todo el apartamento y fui a abrir.

Pero cuando empecé a hacer girar la llave en el interior de la cerradura, mi mano derecha se encontraba muy cerca de la culata de la «Magnum».

Abrí.

Desde el otro lado del umbral, Mary Jo me sonreía.

No venía sola; en su mano derecha vi una pequeña maleta y, a pesar de que continuaba sonriendo, en sus ojos había cierta preocupación.

—He traído mis cosas, Larry —dijo en un susurro—. Ahora que estoy aquí, frente a ti, pienso que quizá... quizá me precipité un... un...

Me aparté de la puerta, siempre sin pronunciar palabra y con un gesto la invité a entrar, por lo que se interrumpió.

Cerré a nuestra espalda y la precedí hasta el *living*, donde tomó asiento en uno de los sillones sin dejar de mirarme.

De los dos, fui yo el primero en romper el silencio:

—Eso quiere decir que piensas quedarte para siempre, ¿verdad?

—Me despedí esta noche del

Mario's,

Larry —dijo—, y ahora sé que hice mal, que antes debí contar contigo.

Sus redondos y firmes senos se movían bajo la blusa acusando el impacto de su anhelante respiración, mientras sus ojos brillaban.

—¿Algo más, Mary Jo?

—Sí, claro. Traje conmigo... traje una licencia especial y, si te parece, podemos casarnos...

La interrumpí con otra pregunta:

—Por lo visto, lo tenías todo pensado, ¿verdad, muchacha?

—Larry...

—De acuerdo, pequeña —dije lentamente—, tú ganas esta vez.

Se puso en pie de un salto con los ojos muy abiertos, dudó unos segundos, y con un ligero grito se precipitó en mis brazos, escondió la cabeza contra mi pecho, pero aun así pude darme cuenta de que estaba llorando cuando lo hizo.

Una idea. Una sola.

Los dólares de Sullivan, las sospechas contra su esposa y la negativa, acogiéndose a sus derechos, de no declarar en contra de su mujer, de negar delante de un tribunal todo lo que me había dicho, y su amenaza de hacerme detener acusado de difamación si lo hacía yo.

El

Mario's,

con Nora Sullivan y Lionel Barris, con Mary Jo y su licencia de matrimonio... sin que para nada contara entre los dos el hecho de que la noche anterior hubiera acompañado a Mónica Dale.

La novela policíaca de Kimball Perkins y las relaciones que unían a Stella con Barris, y todo lo que el escritor había dicho de todos ellos.

¿Mentira o verdad?

Ambas cosas.

Había mentido en algunas y en otras había dicho la verdad, calibrándoles a todos, dándoles las medidas justas de sus caracteres, de sus ambiciones e incluso de sus intimidades ilícitas.

¿Mintió con respecto a Stella?

¿Era Stella la clave de todo?

—Se te está enfriando el desayuno, Larry. ¿En qué piensas?

La miré a los ojos.

Mary Jo me sonreía desde el lado opuesto de la mesa.

—En este lío, muchacha —dije.

—Sí, es lo que he supuesto —respondió.

Callé una vez más y empecé a beber a pequeños sorbos de mi taza de café con leche, y también una vez más, ella me interrumpió:

—¿Por qué no dejas de calentarte la cabeza y nos vamos?

Continuaba pensando en Stella cuando respondí:

—Correcto, Mary Jo, recoge todo esto y andando, pero me temo que voy a tener que dejarte en la puerta del juzgado.

Abrió mucho los ojos.

—¿Antes de entrar o después, querido?

—Bueno... —fingí que lo pensaba y añadí—: Creo que voy a comportarme como un buen chico, ¿comprendes?

Se puso en pie y corrió a mis brazos.

Dos horas más tarde ambos nos encontrábamos en un bar de Broad Street, sentados en una de las mesas más escondidas, mirándonos a los ojos como dos estúpidos, ya convertidos en marido y mujer.

Con sendos *whiskys* frente a los dos, pensativos, aunque aseguraría sin temor a equivocarme que por primera vez en la historia, unos recién casados pensaban de distinto modo.

Mis pensamientos de entonces volvían a interesarse por Stella

Perkins. En cuanto a Mary Jo, no lo sabía.
Tampoco se lo pregunté.

CAPÍTULO VII

Basura.

Lo pensé el primer día en que leí la novela de Kimball Perkins y lo continuaba pensando ahora, al cabo de los tres días, mientras conducía en dirección a la quinta del muerto.

O a la quinta de su hermana Stella. Caía la tarde.

Horas pasadas de un lado para otro en compañía de Mary Jo, que ahora se encontraba en mi apartamento.

En el piso que ambos compartiríamos de por vida.

Pensando en Mónica Dale y en su historia, en el trabajo que desempeñaba en la quinta del hombre que en vida fue su seductor.

En Nora y Jo Stivens, en Barris y su antigua afición por las drogas, y en el amor que Stella sentía por el drogadicto, según la confesión de la ahora su secretaria.

Y en un montón de dólares desperdiciados por un puntillo de amor propio. O de ética, aunque se diga que los fisgones no la tenemos.

La piscina en forma de corazón, pero ahora no vi a ninguna de las dos ninfas y sus interesantes bikinis.

Claro que las interesantes eran ellas, pero eso no se puede decir, por lo que esa opinión continué guardándomela para mí.

Primero porque no me interesaba que lo supieran, y segundo porque a nadie le importa lo que yo pueda opinar sobre tal o cual cosa.

Detuve el coche frente a los consabidos tres escalones de mármol, cerré el contacto y descendí.

Apenas lo hube hecho, la puerta se abrió y en el umbral quedó enmarcada Mónica Dale con sus largos muslos al descubierto, debido a la minifalda, y la sonrisa en los labios.

Con sus ojos chispeantes...

—Hola, pesquiza —saludó sin moverse de aquel lugar—. ¿Qué le

trae por aquí? ¿La promesa de anoche?

Sonreía a mi vez en tanto me acercaba.

—Nada de eso, querida... atraque es sólo por el momento. Mi visita obedece a que deseo hablar con *miss* Perkins.

—Stella no está.

—¿No...? —pregunté.

—Según he podido juzgar desde que llegué, no ha pasado la noche en la quinta.

Sin saber por qué, me envaré en tanto que Mónica añadía:

—Vamos, pase, y no se quede ahí.

Lo hice y me condujo hacia la sala de estar. No había entrado nunca en la quinta, pero sin saber por qué lo sospeché así. Al fondo una puerta, que me pareció fabricada con madera de caoba y detrás el despacho.

—¿No se sienta? La miré.

—Tengo prisa, querida —y me hizo una mueca—. ¿Dónde cree que puedo encontrar a *miss* Perkins?

Se encogió levemente de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Sin responder, formulé una pregunta que la hizo parpadear:

—¿Qué se esconde tras esa puerta, Mónica?

—El despacho de *miss* Perkins.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio e inquirí:

—¿No se encuentra dentro?

—¿En el despacho...? No, claro que no... Pero... pero... Oiga, sin estar ella en la quinta no se puede entrar ahí... Vamos, que no se...

No hice caso y continué hacia la puerta oyendo a mi espalda el rápido taconeo de Mónica, pero yo llegué antes, la empujé y la abrí.

El despacho estaba vacío.

Me detuve en seco, sorprendido conmigo mismo, y fue en aquel momento cuando Mónica cometió el error.

En vez de detenerse a mi lado, se acercó a la mesa y antepuso su cuerpo entre aquélla y yo.

—Márchese, Larry, y vuelva cuando *miss* Perkins se encuentre aquí —dijo apoyando la cintura contra el filo del tablero—. Vamos ¿a qué espera?

Fruncí el ceño, inicié la media vuelta y de nuevo me detuve

cuando en mi mente entró la idea de que no deseaba que viera lo que había sobre la mesa.

Empecé a acercarme y vi que su ceño se fruncía.

—Gritaré si sigue acercándose, pesquisa. Lo entiende, ¿verdad?

No respondí.

Me detuve cuando la rozaba, mirándome en sus ojos.

—¿Por qué no es una buena chica y se aparta de ahí, Mónica? —pregunté—. ¿Qué es lo que hay detrás de su espalda que la pone tan nerviosa?

—¿A mi espalda...? Nada... no hay nada. Vamos, márchese, ¿quiere?

—No, sin antes ver lo que me está ocultando.

—Si no se marcha...

—Si lo hago —la interrumpí—, dentro de veinte minutos escasos tendrá aquí al teniente Donovan con una orden de registro. Por otra parte, querida, no deseo usar la violencia con usted. ¿Qué prefiere, que la aparte de ahí, o que llame a la policía?

—¿De veras lo haría?

—Estoy investigando un asesinato.

—Esto no tiene nada que ver con muerte alguna, pesquisa.

—Deje que sea yo el que lo juzgue.

Contuvo la respiración y sus senos, redondos y firmes, estuvieron a punto de romper todas las trabas que los contenían cuando la solté de golpe.

—Si lo hago y *miss* Perkins se entera, pesquisa inteligente, me despedirá.

—Y si no lo hace, el teniente...

—¡Eso ya lo dijo antes, Porter! —exclamó, se apartó a un lado y señaló la mesa y la máquina de escribir que había estado ocultando con su hermoso cuerpo de sirena, y añadió—: Vamos, fisgón, ¿a qué espera?

Me acerqué y examiné los papeles y fue entonces cuando parte de la verdad apareció ante mis ojos diáfana como el cristal.

Levanté la cabeza para mirarla.

Mónica Dale me observaba a su vez, sin cambiar de expresión, entre curiosa y alarmada.

—Nunca hubiera sospechado que fuera ella —dije.

Me sonrió, pero ni en sus ojos ni en su sonrisa había alegría.

—Ni usted ni nadie —afirmó fríamente. Hizo una pausa y preguntó—: Y ahora que lo sabe, ¿qué piensa hacer? ¿Decírselo a Stella?

Me encogí de hombros y repetí mi primera pregunta:

—¿Dónde puedo verla, Mónica?

—Le dije que no lo sabía.

—¿No...?

—Escuche, Larry Porter, el hecho de que me besara y saliéramos una noche juntos, no le da derecho a ponerse cargante conmigo, ¿comprende?

—No.

—Pues está claro. Ni vi anoche a Stella, ni la he visto en todo lo que va de día, no me ha telefoneado y por tanto no sé dónde diablos habrá podido meterse. Ella tiene un apartamento en el 896 de Rittenhouse, pero dudo que se encuentre allí.

—¿Por qué?

—Eso, pesquisa, pregúnteselo cuando la vea.

—Se lo estoy preguntando a usted, Mónica.

—Y yo le estoy respondiendo que no lo sé —señalé el teléfono que había sobre la mesa, al alcance de su mano, y añadió—: Úselo si lo desea. Yo mismo le daré el número.

No respondí, me acerqué, levanté el auricular y la miré. Cinco segundos más tarde empecé a discar.

Nada.

Silencio al otro lado del hilo, pero a pesar de aquello continué esperando durante un largo minuto y a continuación lo deposité sobre su horquilla.

—Le dije que no la encontraría.

—¿Nada más?

—¿Qué significa ese nada más, querido?

Hice una mueca y respondí:

—Supóngase... Bueno, nada más por el momento, Mónica, pero si me entero que usted sabe dónde puedo encontrarla... nos volveremos a ver, seguro.

—¡Lárguese al infierno, mi amor! —Fue la consoladora respuesta que obtuve.

No respondí, di media vuelta y me precedió hasta el porche.

No volví la cabeza ni cuando entré en el coche y arranqué, ni

cuando maniobré buscando la salida hacia la carretera.

Entre los dos, como aquel que dice, todo había terminado, sin llegar a empezar.

Comencé a alejarme cada vez a mayor velocidad con el pleno convencimiento de que no la volvería a ver más... como no me la encontrara por pura casualidad en el

Mario's,

pongo por ejemplo.

Filadelfia.

El Departamento de Homicidios.

Detuve el coche en la acera opuesta, crucé la calzada al otro lado y enfrenté a uno de los uniformados policías.

—Me llamo Larry Porter —dije—, y deseo ver al teniente Donovan.

—Espere un momento, míster Porter —dijo.

Me dio la espalda y se alejó hacia el interior y sin esfuerzo alguno adiviné que iba a telefonarle.

Fue así porque cuando regresó a mi lado preguntó:

—Conoce el edificio, ¿verdad? Sonreí.

—Como la palma de mi mano.

Me devolvió la sonrisa.

—Pase —replicó—, le encontrará en su despacho.

Se encontraba en pie, frente a la ventana, vuelto de espaldas a la puerta cuando entré, y dijo tan pronto como la cerré a mi espalda, y sin mirarle:

—Siéntate, Larry —hizo una ligera pausa y preguntó—. ¿No crees que has pecado de ligero al contraer hoy matrimonio con Mary Jo Stivens?

—¿Por qué?

Siempre sin mirarme respondió:

—El asesinato de míster Perkins aún está impune.

—¿Sospechas de ella, teniente?

—No, pero eso, mal que nos pese a nosotros dos, nunca se sabe.

Hice una mueca que él no vio.

—No obstante, Chasse —dije jugando con las palabras—, yo sí sé algo que quizá te pueda interesar.

—¿Sí...?

Su tono era decididamente escéptico y lo que aún era mucho peor es que no me miraba. Vuelto de espaldas desde el mismo momento en que entré en su despacho, se mantenía mirando la calle a través de los cristales.

—Si —repliqué—. *Miss Stella Perkins*.

Entonces lo solté todo de un tirón y mucho antes de que terminara de hablar, los ojos del teniente Donovan estaban fijos en los míos.

—Repítele eso, Larry —pidió.

Y se lo repetí.

A continuación reinó un largo silencio entre los dos, hasta que Donovan lo rompió.

—¡Cuernos! —exclamó—. ¿Cómo diablos averiguaste eso?

También se lo dije y al terminar contestó, sentándose frente a mí:

—¿Y eso dónde nos deja?

—En ninguna parte, pero tengo algunas ideas.

Me miró fijo, muy fijo, y respondió con una nueva pregunta:

—Tú ya sabes quién es el asesino, ¿verdad?

—Tengo algunas ideas —repetí—, que pueden o no ser ciertas. Si te parece, podemos estudiarlas juntos.

—¿Y de *Stella Perkins*...?

—Es uno de los factores... por lo que te he contado, *Chasse*. Ahora...

Por espacio de más de una hora continuamos hablando de todo aquello y finalmente salí a la calle.

Ideas; muchas ideas, pero sólo me hacía falta una.

Conduje lentamente hacia el

Mario's,

pero en contra de lo que esperaba no pude encontrar ni a *Nora Perkins* ni a *Stella*.

Nora y *Stella*, el otro factor, pero aún faltaba algo, el tercero y el único, el verdadero... ¿o ya lo tenía?

Joe Perkins, *Lionel Barris* y el muerto; un tipo llamado *Kimball*.

Muy poca cosa, según cómo se mirara... e incluso demasiado según, también, cómo se mirara.

Me acerqué a la barra con los ojos fijos en las piernas más o menos hermosas de las mujeres que en solitario o acompañadas

circulaban en el interior del club, y me acomodé en uño de los taburetes.

Recordando a Mary Jo, pensando que estaría molesta conmigo, como lo estaría cualquier recién casada cuando el marido la deja sola en la noche de bodas, pedí un *whisky*.

Empecé a beber.

Lo mediaba cuando abandoné la barra y me encaminé a una de las cabinas telefónicas. Disqué.

—¿Sí...? ¿Dígame...?

Joe Sullivan se encontraba al otro lado del hilo.

Disfrazando la voz pregunté, sabiendo que si no lo hacía así, era muy capaz de mandarme al mismo infierno:

—¿*Mistress* Sullivan...?

Creí notar que contenía la respiración, pero no podía asegurarlo.

—No se encuentra en casa. ¿Quién es usted?

Le dediqué una sonrisa al auricular.

—Eso no importa, amigo —dije—; límitese a decirme dónde puedo encontrarla, que es muy importante.

—No está y lárgue...

Adivinando que iba a cortar la comunicación grité:

—¡Espere!

Lo hizo.

—¿Sí...?

—Una pregunta más: ¿Hace mucho que falta de ahí?

No hubo respuesta.

Cortó y miré el auricular.

Sullivan no deseaba dar muchas explicaciones a los desconocidos. Sullivan no deseaba dárselas a nadie.

Marqué de nuevo, pero desde el apartamento de Stella Perkins nadie me respondió, por lo que regresé a la barra y de nuevo la emprendí con el vaso de *whisky*.

Mediaba el segundo cuando recordé algo en lo que no había caído hasta entonces. Stella...

Claro, era aquello.

Terminé con el resto del licor de un solo trago, aboné la consumición y lentamente abandoné el

Mario's.

La calle. El coche.

Tomé el volante, di al encendido, embragué y conduje a través del intenso tráfico hacia el verdadero final de todo aquello.

Por lo menos, eso es lo que creía yo. Una cabina telefónica.

Llevado por aquella certeza detuve el automóvil, descendí, entré en la cabina y por tercera vez en pocos minutos y durante aquella noche que no había hecho nada más que empezar, marqué un número telefónico.

Dos minutos más tarde empecé a conducir y veinte después alcancé mi destino. Descendí del coche, pasé la «Magnum» de la funda de la axila al bolsillo de la americana y entré en el portal.

Allí dudé entre utilizar el ascensor o la escalera y opté por lo segundo.

Empecé a subir, peldaño a peldaño, mientras que multitud de preguntas se agolpaban en el interior de mi mente, entre las cuales descollaba la de si me habría equivocado o no.

Me detuve frente a la puerta del apartamento y ahora, sin una sola vacilación, levanté la mano izquierda y hundí el pulgar en el botón del zumbador.

Unos segundos... y la vi frente a mí, con los hermosos y rasgados ojos cargados de sorpresa.

—¡Usted!

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

—Pongamos que deseo hablar con usted.

—Sí, es lo que he supuesto, pero no son horas para venir a molestar, y mucho menos aquí. Lo que no comprendo...

—La estuve buscando durante horas hasta que caí en la cuenta de que sólo había un lugar donde podía estar, y vine.

Ella miró hacia atrás, al interior del apartamento, vaciló unos segundos, me miró, y preguntó:

—¿No puede dejar esto para mañana, pesquisa?

Me sonreía, pero no se la devolví.

—No puedo. Se trata de un asesinato... y ya sé quién es el asesino.

Su actitud cambió en forma radical.

—¿No me está mintiendo, Larry?

—No. Ni mucho menos.

Dudó de nuevo y comprendí el porqué de sus dudas. El

apartamento no era el suyo; eso era todo.

Hasta que por fin se decidió.

—De acuerdo, pesquisa —dijo—, pase conmigo. El *living*.

Desde el sofá donde se encontraba sentado, Lionel Barris me lanzó una mirada malévola y se puso en pie.

—¡Qué cuernos...! ¿Qué diablos viene a hacer aquí, pesquisa? Y tú, ¿por qué diablos le has dejado entrar?

—Se marcha ahora... tan pronto como hable conmigo Dijo que era importante, Lionel, y yo quiero escucharte... si tú no tienes inconveniente. Después de todo, el apartamento es tuyo.

No respondió, se dejó caer en el sofá y clavó sus ojos en mí, que desvié para fijarlos en ella.

Fue entonces cuando me preguntó:

—¿No se sienta, Larry?

Sin responder a su invitación, sin hacer caso de la misma, repliqué:

—Estuve en su quinta.

Arqueó una ceja.

—¿Y...?

—Bueno, llegué justo en el momento en que Mónica Dale, su secretaria, estaba trabajando, ¿comprende?

Palideció.

—¿Qué...?

La interrumpí con una pregunta:

—¿Por qué no me dijo desde un principio que Kimball Perkins era usted misma, Stella? No hay nada de malo que se dedique a escribir novelas policíacas empleando el nombre de su hermano, ¿verdad?

No contestó.

Me miraba fijamente mientras que Barris, desde el sofá, nos miraba atentamente. Hasta que me respondió:

—Y... y yo fui la causante de su muerte. Dije... muchas verdades en mi última novela y...

—Llegó a fingir de tal modo que incluso en ella habló de usted misma en unos términos poco edificantes, querida. Dígame, pero la verdad, Stella, ¿por qué lo hizo? ¿Qué motivos la impulsaron a escribir esa novela?

—¿No lo sabe?

—No.

Desvió los ojos hacia Barris, me miró y contestó:

—Estaba harta de la basura que había a mi alrededor, pesquisa. Harta de mi hermano, de sus aventuras escandalosas, de lo ocurrido con Mónica y... me decidí a escribir aquello, quizá como un desahogo para mí misma.

La miré pensativamente, procurando no perder de vista al silencioso Barris, que por su parte no dejaba de observarnos atentamente y contesté:

—¿No hay nada más, muchacha?

—¿Respecto a la novela?

—Sí.

La vi dudar por un breve espacio de tiempo y luego respondió:

—No, nada más.

—Ahora está mintiendo, Stella —afirmé fríamente.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Porque hubo otro motivo, el principal.

—¿De verdad, tipo listo?

—Un motivo llamado Lionel Barris —añadí haciendo como si no hubiera oído su última pregunta—. Verá, Stella, yo veo las cosas de este modo, y la historia la confirma la declaración de Nora Perkins —y aquí mentí con todo cinismo, ya que como se sabe no pude establecer contacto con ella, pues no se encontraba en su apartamento cuando la llamé por teléfono—. Ella me dijo que míster Barris, aquí presente, discutió en varias ocasiones con respecto a la herencia. Usted misma me dijo que era su heredera universal ya que todo el capital, excepto lo que usted cobra por cada una de sus novelas, pertenecía a su hermano. Kimball Perkins, su hermano de usted, Stella, le dijo que iba a cambiar el testamento si no variaba de actitud con respecto a míster Barris... porque él sabía que a sus espaldas salía con Nora. Es decir, a juicio de su propio hermano, Barris no es ni más ni menos que un vulgar *gigoló*, y por tanto no estaba dispuesto a que su fortuna personal pasara a su poder por mediación de usted. *Mistress* Sullivan me explicó todo eso. Incluso Mary Jo me lo dijo también —volví a mentir—. Por eso, y sólo por eso —proseguí—, le mataron y no por lo que contara usted en su novela, de unos y otros, ¿comprende?

Retrocedió un par de pasos y me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Me está acusando de haber dado muerte a mi propio hermano por un sucio montón de dólares, Porter?

Dejé transcurrir unos segundos de silencio antes de responder, ya con la mano derecha dentro del bolsillo de la americana.

—Usted no, desde luego, Stella, pero sí Lionel Barris. Tengo las pruebas necesarias —y aquí mentí por tercera vez—, conjuntamente con las declaraciones de Mary Jo y de Nora Per...

No terminé; con una seca maldición, Barris se puso en pie llevando la mano al bolsillo trasero del pantalón.

No tuvo tiempo.

Apreté el gatillo y con el hombro tinto en sangre volteó al otro lado del sofá, y mientras la detonación rebotaba de pared en pared, hasta extinguirse por sí sola, la puerta que daba acceso al *living* se abrió dando paso al teniente Donovan acompañado de cinco de sus hombres, obedeciendo a las indicaciones que le hiciera desde una cabina telefónica, minutos antes de entrar en el apartamento de Lionel Barris.

—Te dije que no le mataras, Larry. Te lo dije...

—No está muerto, teniente —respondí—. Sólo un balazo en el hombro.

Miré a Stella.

Horrorosamente pálida me observaba a su vez con las manos sobre los firmes senos y con una mirada en sus ojos que me hizo daño porque fue mucho peor que si hubiera pronunciado una amenaza o cualquier frase, insultante.

La pregunta de Donovan, mientras que sus hombres rodeaban el sofá para hacerse cargo de él, cortó el hilo de mis nada agradables pensamientos:

—¿Cómo lo adivinaste, Larry?

—No fue sencillo, aunque a primera vista lo parece —respondí—. No lo supe hasta que no averigüé que Stella era Kimball Perkins.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Porque entonces pensé que el asesino podía muy bien haberse aprovechado de ello para simular que era un crimen por venganza personal, ya que Perkins había escrito muchas cosas respecto a todos sus conocidos.

Media hora más tarde se lo llevaron y yo también abandoné el

apartamento dejando completamente sola a Stella, sin mirarla, sin despedirnos, y sin un solo ademán de reconocimiento.

En la calle tomé el coche y conduje hacía mi apartamento, donde entré media hora más tarde, para en el acto enfrentar a la que se levantaba del sofá y con un ligero grito y una sonrisa corría a mis brazos.

Era... toda una recompensa; la mejor.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

